

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto . . . 0.10

Publicación Quincenal

Editada por la Agrupación del mismo nombre

Administrador: Risto Stoianovich

La cumbre

Desde niño, Claudio había contemplado con inabarcable cariño la enorme, abrupta montaña que sobre su aldea se elevaba hacia el cielo, como desafiándolo con su impávida majestad; y siempre había anhelado trepar hasta la cima que sólo alcanzaban las águilas...

Un día—ya hombre—armado con toda su resolución, se decidió a llevar a cabo su empresa, y con el espíritu lleno de esperanzas, emprendió la marcha ascendente, ora arrastrándose a ras del abismo que abría sus vertiginosas fauces, como para tragarlo; ora magullándose el cuerpo contra los agudos picos de las laderas, que no ofrecían más que unos escuetos y peligrosos senderos.

Así llegó a la mitad del camino, mareado y fatigado, y viendo que aún le faltaba mucho para recorrer, bajo el imperio del dolor y de la fatiga, se dijo:

—¿A qué he venido hasta aquí? Para cansarme y destrozarme de este modo, más valía haber permanecido allá abajo, desde donde veía la cumbre tan hermosa, como si fuera una gloria.

Y volvió a descender lentamente, perdiendo, para siempre, todo anhelo de alcanzar la cumbre a donde sólo llegaban las águilas...

—¿Cuántas veces abandonamos el ideal porque a la mitad de la jornada vemos que, para alcanzarlo, es necesario luchar titánicamente contra el dolor y la adversidad, o tener alas que nos resguarden por encima de todos los peligros...

E. C. ARIAS.

UNOS Y OTROS

No confundimos jamás a los anarquistas con los tartufos que se dicen «anarquistas». Si lo mejor es enseñar con el ejemplo, lógico es que los hechos—buenos o malos—acrediten al individuo de tal o cual, imprimiéndole una virtualidad típica en su recta manera de conducirse para con sus semejantes, distinguiéndole de la gran mayoría que pululan en el montón humano, ya anónimos, ya «famosos».

Muchos son los hipócritas que se apuntan ésto y lo otro, sin más objeto que el de explotar la buena fe de los cándidos que les creen y se les entregan de lleno, para luego salir desencantados y víctimas de las dobleces de los tartufos. Poco o nada psicólogos, los cándidos, nunca se desengañan de la farsa de aquellos, sin antes haber palpado uno o varios hechos materiales.

Hábiles simuladores, los tartufos, se introducen en todas partes y se afilian a cualquier bando a fin de «sacar partido» para sus ambiciones personales, siempre en actividad constante. Cuando se les tira de la manta y se les deja al descubierto, acusados por sus propios hechos, comienzan a hacerse la apología de «sí mismo», tan falsa, tan inverosímil, tan absurda, como todos sus procedimientos, en cuyos se muestran siempre «víctimas inocentes» de la maldad de los infelices que ellos arruinaron con sus fauces y con sus garras.

Así, cuando son descubiertos por los ateos, van a pedirles razones a los delistas para justificar su inocencia ante los que les creen, y cuando lo son por los revolucionarios, acuden por razones a los reaccionarios, siempre para justificarse y aparecer ante los incautos como sacrificados por la causa que explotaron y enriquecieron para satisfacer sus particulares ambiciones, porque para ellos, que tienen atrofiado el sentido de la dignidad personal, la cuestión ideológica no va más allá de sus conveniencias.

Nadie mejor que ellos sabe sacrificar el bien colectivo al mal invertido de sus repugnantes individualidades. Son el resumen del ambiente vicioso y malsano que respiran hasta la embriaguez, donde se revuelcan gozosos, como los cerdos en el odo. Y así, engañados hasta los

NUESTRO EDITORIAL

Otra vez como ayer...

De muy clásico estilo son los saludos cuando a la «arena del periodismo» se baja. Y así como los saludos, son las promesas: deslumbre de grandes cosas arrojadas a montones como chispas de artificio para encanto del lector.

Pero nosotros, muy mal educados que éramos cuando empezamos a andar y además, tan impolíticos que ni preguntar *¿se puede?* se nos ocurrió decir, prescindimos del saludo, del programa, hasta del lema, y campechanos y orondos, con el «funyi» hasta el cogote y las dos manos dispuestas, nos colamos a la arena, gritando rientes y recios: «¡aquí estamos, caballeros!» [Y estábamos arremangados].

¿Recuerdan? Fué esto en aquel primer número que lanzamos a la calle hace casi un lustro ya.

Y cómo no ser así y cómo no presentarse empuado como un erizo, si hartos de observar estábamos en la desdichada arena sólo había mercaderes o aspirantes a mercar?

¡Oh! que si tal cosa no fuera, cuánta mayor altura de miras habría en el pueblo; cuántas menos mentiras se escribirían; cuántos más entusiasmos reventarían en las columnas de toda publicación, y cuántos, pero cuán muchos periodistas del más variado matiz, hubieran dejado ya de juntar puchos en antenas de los ministerios o de ser los paniaguados de cualquier fresco vulgar.

Pero tal cosa era así. Y nosotros, que nunca, jamás soñamos en usufructuar una obra fundada para el combate; que no pensábamos digno de ningún hombre de acción hacer «l'América» por ese medio, empezamos a meterle duro y parejo, de punta y hacha, de revés y lomo, sin perdonarles ni medio a los descreídos de todos los amores, a los fariseos de todos los ideales y a los perros de todos los ensueños y todas las esperanzas.

Empero, nadie se crea que ignorábamos la conseja: Si quieres hacerte rico, no un almacén, no una casa de empeños o tolerancia estable; funda, eso sí, una empresa periodística y dale a la adulación con bombos y con platillos.

Lo dicho: conocíamos la conseja; mas al tener afirmamos: no tan envilecidos somos que nos hayamos tornado escurrizos, viscosos y negativos; ni tan hábiles, tampoco, o cínicamente hipócritas como para con un ojo llorar a lágrima viva y con el otro reír.

No, nos dijimos entonces—si el amor ha de imponerse algún día, será porque amor vivamos, porque nuestra misma obra sea un reflejo de amor. Si la justicia ha de ser, será también, si es preciso hasta contra de nosotros mismos que tanto la propiciamos.

Y así, llenos de juventud, desbordantes de entusiasmo, plenos de generosidad, así nos miró la tierra llegar sanos y sonrientes como un pimpollo de rosa bajo un ósculo de sol. Y si no en ella, en la tierra—campo abierto a todas las rozagancias de las almas combativas—pudimos nutrirnos siempre de ensoñación y de luz, no por eso fuémos completamente vedado un astro de idealidad: norte, estrella de la vida, de los que tanto se aprecian, que antes que vivir vendidos prefieren caer con honor.

Lejos, pues, de nosotros, los que se economizan para una obra de voluntad y energía, y que van, inconcientos y nerviosos, a gastar sus miserias en una orgía.

Lejos de nosotros los sin esperanzas. Lejos los incapaces de pararse sobre sus propias derrotas como sobre sus propios pensamientos.

Lejos los pijeros del bien, estranguladores de la verdad, arrivistas de los ideales, medrosos de la justicia, detentadores y usufructuarios de cualquier poder que sea, de dios, del pueblo, del gremio, de la colectividad o de la agrupación.

Y lejos, en fin, todos aquellos que en el mísero «rincón del establo de la prosa» cotidiana, sueñan tan solo con rampar las alas a cuanto vuela o ponerle obstáculos a cuanto asciende, mientras rumian con estupidez vacua las estériles razones con que han de justificar toda pética actitud.

Y lejos fueron quedando, desplazados de nuestro camino a medida que ascendíamos.

Hemos cumbreado ya. Hemos llegado a una punta y hay otras puntas aun que están gritando: *subid*.

Es sobre las cumbres que llueve el cielo su paz; y es de las cumbres que llueven piedras a veces.

Nos podrán abrir un túnel, ya lo sabemos desde hace la mar de tiempos, pero ¿quién sería capaz de taponarnos el cráter?

Y diz que hierven muchos entusiasmos y fermentan muchos fuegos de ira y de amor, en los senos de la montaña.

Digamos, pues, como otrora al comenzar el camino: «¡estamos arremangados!» Y desplegando a los aires nuestro centenar de hojas, como cien trapos sonoros, como cien gritos de triunfo, como cien horas de amor, repechemos la subida hacia otra cumbre, a otra cresta, con la misma entereza, el mismo afán, la misma fe y el mismo corazón.

ojos del espíritu, se complacen en ir por el mundo ensuciando todas las cosas que rozan fatalmente: flor o fruto.

Los que combaten la autoridad en los otros y la desean para sí, son tartufos; los que execran la explotación, de palabra, y la ejercen en los hechos, son tartufos; los que inducen a los demás a hacer cosas que ellos no hacen, son tartufos; los que censuran en otros, defectos y prejuicios suyos, son tartufos; los que combaten la dictadura gubernamental pero la practican desde las redacciones de los diarios y periódicos que dicen orientar a los pueblos, son tartufos; y, en fin, son tartufos todos aquellos que viven en contradicción continua, viva y activa, llámense como se llamen, negros o blancos, rojos o amarillos.

Y, sabido es, esa modalidad psicológica, característica de los tartufos, que son lo que la actual sociedad burguesa quiere que sean, los separa y los aleja fatalmente de los indomados e indomables anarquistas, «espíritus fuertes, todo desinteresados, abnegación, amor y sacrificio, investigación y crítica, y reacción y luz».

Hay que saber esto para mirar con bastante asco a los tartufos.

PEDRO DARIO FUSCO.

Contraste

El hombre que en su labor cotidiana o en sus eternos días de «ociosidad» no ha hecho un paréntesis para observar, pensar y razonar sobre lo que ve y oye, no hace más que vegetar, pues solamente vive el que piensa y, en esto estamos de acuerdo con aquel que dijo: «Yo pienso, luego, existo».

Y he aquí que constantemente nos vemos, nos rozamos al pasar, con hombres gruesos, de cimbreante abdomen, elegantemente vestidos, etc. con otros delgados, macilentos, con un vientre en continua lucha con los riñones, como queriéndolos desalojar, y con ropas que ni sirven para abrigo ni para vedar a las miradas esas carnes flácidas ni las formas del armazón esquelético.

Parece ser, que la historia se repite, y si hubo un faraón que soñó con siete vacas gordas y siete flacas, (abundancia y miseria), no deja de ser cierto que la humanidad atraviesa y atraviesa hoy, una parte en la abundancia y otra en la carestía. Pero esto no es más que un complemento. El exceso de unos está en detrimento de los otros. Por otra parte, esta diferencia no tiene razón de ser, de existir, y sin embargo es real, es palpable, existe.

Mientras unos gozan de las delicias de la vida en todas sus manifestaciones, otros sobrellevan sus penurias y amasan con su dolor toda la miseria humana.

Vedlos en las fiestas, en los teatros, en las recepciones, y daos vuelta y veréis a hombres encorvados sobre sus palas y picos, dejando expedito el camino por donde pasearán aquellos sus miserias morales y sus abombados vientres. Vedlos en hoteles y cantineras; daos vuelta y veréis sobre montones de escombros a hombres comiendo un poco de pan y cebolla revueltos con tierra. Ved a esos sancieros que, gozando de una libertad que les confiere el poder, hacen y deshacen a su capricho, porque las leyes no los alcanzan; daos vuelta y veréis a hombres llevados violentamente por el «delito» de haber «robado» un pan para acallar las que-

Agrupación «Ideas»

Balace de la vela realizada el 26 de Mayo de 1923, a beneficio del periódico «Ideas».

Entradas.—Doscientas cinco entradas generales a 0.70 cada una \$ 143.50. Mil números de rifa 0.10 cada uno \$ 100.00. Total \$ 243.50.

Sueldos.—Alquiler del salón 45.00. Utillería 7.00. Permiso municipal 3.50. Artista 15.00. Peluquería 5.00. Imprenta 31.50. Total \$ 107.00.

Beneficio.—\$ 136.50.

RISTO STOIANOVICH.
Administrador

jas del hambre y luego encerrados en una asquerosa celda por una simple firma de un juez.

Ved a los falsarios jesuitas, a los cernios obscurantistas, predicando libremente sus estupideces que matan todo espíritu de investigación con su decantada fe ¡Diosos vuelta y veréis las persecuciones y vejaciones que sufren los que, altivos, enhiestos, preguntan la justicia, el bien y el amor, a los que predicaban la verdad impulsándonos paso a paso, momento por momento, hacia una sociedad igualitaria, a los que cansados de tantas injusticias preferían la muerte a seguir viviendo esta vida de malditos, a los que regando con sus sangres y dejando colgajos de sus carnes, carnes fecundas en dolores, van marcando sus rastros en el sendero que nos guía hacia la sociedad futura.

Y si está evidente el choque entre la justicia y nuestra vida social presente, rompamos el engranaje que nos tiraniza el pensamiento y la acción y veremos florecer en medio de tanto lodo, de tanta inmundicia, la flor más preciosa, hermosa y fragante que ha costado a la humanidad tanta sangre, tantos dolores: ¡la libertad! Por ella se han dado muchas vidas; muchas por ella agonizan y son muchos los que por ella morirán; pero la humanidad en su paso por la vida, la busca, la ansia y se dirige a ella con inquebrantable decisión. Y ahora, fuertes en la lucha, apuremos el paso y tratemos de llegar a la cumbre desde donde podremos contemplar la hermosura, la inmensidad sublime de la fraternidad humana en brazos de nuestra madre Anarquía.

SANTIAGO OPIZZO.
Rosario, 30 Mayo 1923.

POEMAS

Ven mujer, tu eres el templo del amor, abierto a todas las alegrías de la vida. En tus navas se juntaron todos los peregrinos del ensueño para brindarte sus oblacones.

Los locos, los visionarios y todos los que llevan palpitando en el fondo del cráneo la radiante estrella de la genialidad, se acercaron a tu ara para beber el vino sacro en la sonora copa de la libertad.

Canta, mujer! Tu eres el gran crisol donde se plasman las formas de las futuras generaciones. En ti habla el universo, palpitó el alma de las cosas, porque eres algo así como una síntesis de la vida.

Ríe, pequeñín, ríe.

Tu eres el faro del porvenir; alma abierta a toda sensación de amor y de ternura; jardín de beso, de perfume, de canción, donde van las mariposas del ensueño a libar el suave y fragante néctar de la espiritualidad.

Ríe, y que tu risa pueble como una catarata de armonizadas notas, todos los antros del mundo. Embellezca la vida; sublimice la vida; dignifique la vida.

Encuentre el artista en ti, motivo de grandes sensaciones; encuentre el poeta en ti, motivo de grandes bellezas.

Ríe, pequeñín, ríe.

Tu eres el faro del porvenir en perenne eclosión de luz; alma y acción; beso y canción tremolando como un símbolo de amor sobre el mundo.

Deja, hermanita, las alhajas y las relucientes perlas en el fondo de su joyero...

Ven a mi jardín, hay aves, canciones y flores. Las fuentes te regalarán sus linfas cristalinas y puras. Y el sol te bendecirá con sus lamparazos de luz. Mil pétalos se abrirán a tu paso exhalando sus aromáticos suspiros; y serás digna del amor.

Deja las alhajas y las relucientes perlas; por ellas millones de niños ambulan por las ciudades y los campos, descalzos, hambrientos y rotos. Millones de mujeres jóvenes y bellas, prostituyen sus almas y sus cuerpos, y son desperdicios sangrientos, guñapos deleznales de la charca. Millones de hombres jóvenes y fuertes sucumben en las minas y en los mares.

Ven hermanita a mi jardín... Dignifícate; hazte digna de la vida.

Cada perla que tu acaricias ávidamente, es una gota de sangre, una lágrima dolorosa, un sarcástico símbolo de la muerte.

ALFREDO FRID HERRERA.

Dicen los ignorantes que siempre habrá ricos y pobres. Es lo mismo que decir que siempre habrá sarna y limpieza. Habrá sarna mientras los limpios no la destruyan.

DE «NUEVA LUZ».

Un recuerdo de Eliseo Reclus

...Recuerdo una cálida tarde de agosto. La atmósfera pesada y sofocante hacía sentir su peso sobre el lago inmóvil y centelleante, como sobre una placa inmensa de pulido acero; cargaba sobre las viñas cansadas de la colina, envolviendo también la penumbra del vasto gabinete de trabajo, donde, uno en frente a otro, trabajábamos en algunos datos estadísticos relativos a la República de Guatemala.

Como cada día, por otra parte, me había reprochado esa tarde el haberme puesto a trabajar: «Necesitas aire, luz, sol, mucho sol, mucho movimiento», me decía; y el aire encerrado en este cuarto no te sienta bien; vete a Charens; seguirás mañana temprano; tu trabajo de esta mañana me es suficiente».

Pero esto no me incomodaba, a pesar de que era cierto que llegaba de

hacer mi recorrida por las más sombrías cárceles de Francia y no necesitaba sino aprovechar de la cura por el aire y el sol; pero ¿qué hubiera hecho yo por Charens, ocioso durante ocho o nueve horas, y cómo hubiera yo podido huir y no beneficiar de esos cuartos de hora de reposo en lo de Eliseo, dejando la pluma, escuchando en el tesoro de sus recuerdos o bien resolviendo alguna duda que hicieran más firmes aun mis íntimas aspiraciones de revuelta?

Quedaba, pues, a su lado trabajando y leyendo, interrumpiendo a veces de improviso su fiebre de trabajo por alguna cuestión quemante, y bajo la caricia de sus palabras simples y buenas, bebía a pequeños sorbos la felicidad y la alegría. ¿Por qué partir entonces? Pero ese día el ama de llaves, rompiendo uno de esos descansos deliciosos, entregó a Eliseo dos cartas; una era de Floquet, presidente de la cámara de diputados, otra de Freycinet que era en-

tonces, si la memoria no me es infiel, ministro de la guerra. Esos personajes pedían respetuosamente permiso para presentar sus homenajes al ilustre geógrafo Eliseo Reclus.

«Responded que Reclus no puede recibir», dijo firmemente a la camarera; y a mí que me había puesto en pie para irme: «quédate, me dijo: No recibirá a esa crápula».

Pareció por un momento desear darme la razón íntima de su áspero rechazo, dando libre curso a la amargura que le causaba la vista de esos dos hombres, vueltos ilustres, al hacer memoria de las villanías e intrigas que de ellos recordaba.

Un ligero rubor coloreó sus mejillas, dirigió su vista a las glicinas que colgaban hacia el espejo ardiente del lago y después, alzando su frente sobre las hojas blancas, murmuró casi imperceptiblemente: «vale más trabajar». Pero no debía trabajar ese día. El silencio se había apenas restablecido, cuando Teresa, el ama de llaves, entrando en el escritorio me dijo al oído que alguien me esperaba afuera. Me levanté despacio y, felizmente, encontré en el vestíbulo a Augusto, un excelente camarada con quien había yo partido el negro pan de la República, en Mazas, Chaumont, y Lyon.

Reparado a la fuerza en Italia, había vuelto a salir de Milán *pedibus calcantiis*, y a pie, regresaba a París. Era todavía un adolescente, casi un niño, pero lleno de ardor e inteligencia; los años, las luchas, los sufrimientos, no habían, felizmente, quitado nada de su vigor ni de su bondad y, antes como ahora, era para mí un querido, muy querido camarada.

Pero en qué estado! Había dejado más de la mitad de sus zapatos sobre la cumbre del Simplón, —las paradas en los asilos no las había hecho sin deteriorar su guardarropa, y en su cabellera a lo Danton se contaban tantas pajás como cabellos; sus mangas estaban agujereadas alrededor del codo, en fin, los pies, indolentes, pasaban por entre las roturas del calzado.

Le di las llaves de mi chiribitil suplicándole se buscara ropa en mi armario, donde los trajes estaban al menos remendados y limpios; después le pedí viniese lo más pronto posible a buscarme.

Festearíamos alegremente nuestro encuentro. Yo regresé al gabinete de trabajo.

«¿Algo de nuevo? interrogó ansiosamente Eliseo.—Es un excelente camarada italiano que llega de Milán y se va a París a pie».

«¿Por qué no lo has hecho entrar?—Es que el pobre diablo estaba en un estado!—No importa, hazle entrar; me es agradable verle y conocerlo, porque es tan joven y tan bueno».

Debí ir a buscarle. Augusto subía lentamente la pequeña pendiente que llevaba a mi covacha, arrastrándose fatigado y con pena.

Cambié de frente y allá en el vasto gabinete de trabajo que se había cerrado no hacía aun media hora ante dos excelencias, dos de los pudientes de este mundo, el harapiento lleno de polvo, perseguido, chispeaba de júbilo entre los brazos de Eliseo que lo escuchaba a preguntas sobre el movimiento en Italia, sobre los camaradas de Milán, sobre sus luchas recientes, sobre sus proyectos para el porvenir, sobre las condiciones del trabajo y de la vida, dulce como un niño, afectuoso como un hermano, modesto y delicado como todos los fuertes, como todos los grandes, como todos los buenos.

LUIS GALEANI.

Mesiánicos

En la playa...

Sobre la arenilla muelle, inmóvil, meditativo, silente como una esfinge, absorto como un dolor—¡pobre vida sin alientos que más parece un despojal—estaba triste poeta que en su alma ha orquestado las angustias de una raza que se extingue; pedazo de amor perdido para todos los amores; «palpitante desperdicio» ensoñando auroras de ósculos; vida que amando la vida la desprecia al propio tiempo; risa y congoja abrazadas en un solo corazón; entusiasta del sol que sueña en sombras, que ansía sonoras alegrías y no sabe gustar sino amarguras... Una contradicción, en fin, de que hay ejemplos.

Ahí está, meditativo y marchito, tal una flor de la noche que mustian las madrugadas, sobre la arena doblada de la playa fumosa, bajo la fresca tarde lapizlázuli agorera de ingentes tempestades.

Poeta y hombre, emoción y sensación, luz zodiacal que palpita en carnes de decadencia, ha doblado la cabeza sobre el pecho fugitivo y con-

EL LUJO

Entró al anochecer; le tría las joyas que ella ansiaba lucir. Puso en la carne viva del brazo, el brazalete, y sobre sus cabellos la regia «aigrette» zafirena de cabrillos lilas.

Los ojos de la bella florecientes de goce, como dulces zafiros radiaban sin cesar; y ostentaba—entreabriendo su corpiño de seda—enroscado el collar de perlas de Ceylán.

Miróse en el espejo cual nunca embellecida, cambiando de actitud, riendo como una loca; y tactando el estuche decía: «¿Qué locura! Y sus ojos pedían el precio de las joyas.

Pues en tales objetos la belleza y el precio van al par. El callaba. Por la abierta ventana subían del camino los múltiples mormullos de la ciudad fabril y la labor humana.

Exhaustos hombres rudos jadeaban en las fraguas; algunos albañiles oscilando en los aires subían una escala. Y siempre en su garganta las perlas cabrilleaban cual ondas de los mares.

El, con su pulcra diestra mostróle un pobre hombre que encorvado subía llevando en sus espaldas una piedra: «Observa, agotará su vida esclavo, sin ganar el precio de esta alhaja».

Ella tembló de orgullo. Y pareció más bella sonriendo bajo el nimbo de suave resplandor; y quién, por la sonrisa de sus labios no hubiera vertido a manos llenas el oro y el sudor?

Un capricho de niña la poseyó en la noche: no quiso desprenderse del mágico collar ni el áureo brazalete. Con su regío tocado feliz adormeciósese... Y comenzó a soñar.

¡Qué sueño tan extraño el sueño de la bella! Todas sus joyas ígneas quemaban, y en su pecho las perlas se agitaban a modo de aguas vivas y el brazalete de oro le estrangulaba el hueso.

De pronto, hacia la patria remota de sus piedras vióse en un loco vuelo febril, arrebatada: primero fué la blanca, crepuscular Siberia, bajo el «knout» gemían innumerables parias...

Sus doloridos dedos desenterraban algo: era el triunfal zafiro en sus cabellos riende... Luego cambiaba todo: el mar so el claro cielo rodaba sus olaes llenos del sol de oriente...

Un hombre se inclinaba en las purpúreas aguas, y del inmenso mar se hundía en lo profundo; y cuando le sacaron, la sangre le inundaba la faz, y bajo el sol jadeaba moribundo.

Y apercibió la bella, entre sus yertas manos, la perla del collar que en su cuello lucía; y en su terrible sueño, los tumbos del olae mezcábanse a los ayes del hombre que moría.

Después fué un sordo y lúgubre ascensional mormullo: la voz de todo un pueblo hambriento y desolado que por satisfacer la gula de sus dueños en una ciega empresa se aniquilaba en vano.

«Ah si nos fuera dado fecundizar la tierra, producir laborando, sudando cosechar! Mas nuestro esfuerzo estéril acrece la miseria ¡pues en vez de nutrirnos agrava nuestro mal.

«Maldito sea el trabajo que análogo a la llama «devora nuestra vida y espárcela al azar; maldito el lujo vano, las modas de las damas, «causas de nuestra eterna, mortal necesidad!»

Este clamor subía de innumerables pechos. Ella se despertó. Pálida, con sus manos desabrochó el collar, le contempló en la sombra, y creyó ver brillar llantos cristalizados!

Trad. de A. Vasseur.

J. M. GUYAU.

Glosas del camino

LOS ANDENES.

templa las arenas que horas atrás el mar cubriera invasor, en el salvaje desborde de sus potencias eternas... Contemplálas fijamente como si en ellas quisiera con sus apagados ojos, grabar la augusta sinfonía de las tristezas exóticas y los extraños silencios que él encarna.

Piensa hondo. Su soliloquio le dobla más y más.

¡Pensar hondo! ¡Hablar mudo con la propia alma cansada...! ¡Oh, los diálogos profundos de la santidad sin fondo de aquel poeta vencillo! ¡Oh, los salvadores triunfos avizorados a través de las brumas que lo llenan!

¡Qué ha sucedido que así, ensimismado, abismático y solitario se encuentra el bardo marchito? ¡Por qué no rompe la esfinge sus silencios pertinaces, y dice a los seres todos en crecientes luchas hundidos, su palabra de salvación?

Hay un estigma muy hondo: veinte siglos de anemia o de cristianismo que se han venido amasando generaciones tras generaciones, no pasan impunemente. ¡Veinte siglos, dos mil años que la vida viene siendo castigada sin descanso, por la más espantosa de las sílisis! ¡Qué, sino en términos, entonces, ha de parirnos la tierra?

¡Oh, el retoñar perpetuo de los temores sin causal! ¡Oh, la trágica angustia de las almas y la melancolía infinita de las carnes donde agonizan los más puros instintos!

¡Hay que dar vuelta al mundo! ¡Hay que inundarlo con un diluvio de terrenal amor!

..

Y por eso aquí bardo, sobre la arena dorada y muelle, bajo la fresca tarde lapizáurica, doblada su cabeza pensativa hacia el huyente pecho; estático, sombrío, silencioso, hablaba con su alma. Y el alma le decía de la mentira de la estrella a venir, de la luz a llegar, del ideal esperado, y le decía también de la verdad eterna: la batalla, el combate tesonero por todo lo deseado, único precio al que se entregará la redención.

Y de ahí las angustias del poeta, sus agonías, sus desesperanzas, al ver que no nació para la lucha, al comprender que nada alcanzaría, que era vana su espera, como vana su vida, como es vano el amor que no persigue el objeto de amor.

Quede, pues, en la playa el bardo triste, ahorrando los soles que habrían de colmarlo de potencia, fervor y actividad. Quede allí consumiéndose en nostalgias de porvenir que jamás vendrán si no se alza dispuesto a conquistarlos a través del dolor y el sacrificio.

Y que el mar llegue a él; y que cubra su testa pensativa llena de decadencias, testa de lirio blanco, fruto de las enfermas conjunciones de Cristo con la Vida, monstruoso aborto de un monstruoso amor.

JUAN PALABRAS.

Biblioteca de Ideas

Se avisa a los compañeros que acaba de ingresar a esta biblioteca un buen número de volúmenes de carácter sociológico, filosófico y literario, donados por el camarada José Pesce. Recordamos al mismo tiempo a cuantos han retirado libros y los hayan leído, que deben devolverlos para que otros puedan aprovecharlos.

La biblioteca permanece abierta todos los días, de las 14 a las 16, y además, los lunes, martes y jueves de las 20 y 30 a las 22.

EL BIBLIOTECARIO.

IMPRESIÓN

A un artista.

La música tiene para mí la esencia de todas las artes; el principio de toda emoción.

Cuando oigo música, sueño que la vida de los hombres y hasta mi propia vida, se desliza apacible, serena, sin sombras ni inquietudes. Qué sensación purísima me invade! Es como si llegaran hasta mi alma vibraciones del arpa de los bosques tañida por los céfiro del alba...

¡Es posible—me digo—que esas manos que yo miro cómo juegan con los arcos y las cuerdas; que se mueven cual fantásticas arañas, tengan en el borde de sus dedos y en su piel fina de suave terciopelo, tanta exquisita emoción aprisionada? ¿que lleven suspensas en sus movimientos a tantas voluntades, que provoquen tan raras sensaciones?

Ellas hablan, ellas cantan, ellas lloran. No expresan determinada alegría ni dolor; no dicen de una tristeza o un amor determinados, pero nos hablan de todos los dolores, de todos los quereres e inquietudes que nos

Para los hombres vagabundos tienen su encanto indecible las ruidosas estaciones de ferrocarril, donde el movimiento, la acción, la nerviosidad, dicen a los espíritus: caminar es vivir.

Los muchedumbres de viajeros que se vuelcan, cansinas y maltrechas, cubiertas del polvo del camino en los andenes, expresan al alma inquieta del viajante, las bellezas de lejanas tierras y repiten al espíritu: el movimiento es la vida.

Yo que he galopado muchas veces sobre los caminos de hierro, y he vislumbrado en las noches las titilantes lucecitas de infinitud de pueblos, mientras la jadeante masa de hierro, resoplando y bufando sobre la carga humana; yo que he oído reír en mi corazón la primavera, cuando florecen los durazneros de las quintas que bordean el camino; yo que he admirado los campos en estío, cuando el trigo semeja en lontananza una gran cabellera de mujer rubia; yo que he sentido la invasión del espín viendo el manto grisáceo de la niebla otoñal, cubrir los campos escueto y pelados; yo que he experimentado el frío trágico de los inviernos rudos, sin poder ahuyentarlo con mis pobres harapos de peregrino; yo que he visto en la sucesión del tiempo, la evolución de todas las estaciones del año, mientras el monstruo devoraba distancias ya sobre los lomos de un lento tren de carga, o colgado en un rápido,—sé de la excelsa emoción que llena el alma del vagabundo, al percibir el ensordecedor ruido de los andenes, ruidos que cantan en su sinfonía trepidante: caminar es vivir.

¡Caminemos, pues, hermanos!

EN MARCHA.

Un movimiento brusco, un silbido estridente que hiende el espacio, y todo el movimiento y el hierro crujen, rezongando de su destino de esclavos del corcel de acero que luego suave, pausadamente, se pone en marcha llevando el tren tras sí.

Quedan atrás los últimos caseríos miserables de los parias del arrabal, y la verdura de los pastizales ya se distingue en la perspectiva del día frío, otoñal.

Pisando cual brioso corcel árabe, la locomotora avanza majestuosa, arrastrando el convoy y a través de campos verdes, cuajados de manchas apenas perceptibles: las haciendas,—campos marcados con el estigma de los alambrados, (que son como cicatrices que surcaran su faz) por la mano alve de la voracidad burguesa.

Las estancias del camino dicen con sus gordas haciendas, sus cuidados jardines y sus hermosos chalets, de laboriosidad, trabajo y constancia. Las ranchadas de lujo más perdidas en las hondonadas, como escondiéndose avergonzadas ante la magnitud de los palacetes, dicen de las fatigas sin cuento de sus moradores, del hambre de sus hijos, de la injusticia de este maldito régimen.

agitan y animan, en un raro lenguaje, en notas por nosotros no entendidas, mas que sabemos todos lo que quieren expresar. Es que la música llega tan hondo al alma, ata el espíritu de manera tan sutil a sus invisibles lazos, que anula nuestra voluntad, mata todos los bajos deseos y ansiedades, y nos hace soñar, mostrándonos paraísos inalcanzables, inaccesibles, pero que su sola visión, aunque instantánea, deja en nosotros una sensación de paz y de serenidad infinitas.

El genio de las artes ha besado vuestras manos: en ellas descansa la inspiración suprema. Y ora en los melodiosos y tiernos violines, ora en la suave y dulcísima viola o en el grave violoncello, tañen armonías prodigiosas, acordes íntimos, melodías excelsas.

¡Música que deberían oír en la hora postrera, todos los desconsolados!

ISABEL E. MORALES.

Responso

Contaba Thamos, el gran piloto de Alejandría, que surcando los mares vio una vez ante sí una aparición, la cual pronosticó días funestos para Tiberio. Entonces Thamos presentóse a este y le expresó lo que había visto y oído.

Y yo en mi fiebre visionaria, concibo al tren atropellando el palacio y derrumbándolo, rompiendo los alambrados y volcando en su camino semillas nuevas.

¡El tren es la anarquía. ¡Marchemos, pues, hermanos!

EL CAMINITO...

Caminito que conduces al pueblo; hermoso caminito abierto a talón por la paciencia de los caminantes, por la asidua afluencia de vagabundos al villorio, que desde la estación al caserío fueron marcándote sobre el suelo eres como un manantial que borbotando brota de las rocas y entre hondonadas y ribazos va a caer al río.

Al ensancharte desembocas en la calle ancha y polvorienta, grosera y prosaica ante tu hermosura. En el camino, iluminado apenas por la luna, hay tres luces escalonadas. Una es el boliche donde hombres rudos y miserablemente trajeados beben, cantan y rien estupidamente. Al pasar se asoman y uno dice al ver mi extraña lacha: ¿¿¿Luzera con papel? Seguro que es gringo anarquista.

Otra luz... Palpito que es la comisaría y prudentemente le cuerpo el bulto, arrojando a campo traviesa.

La última luz de la calle es el "centro recreativo". Me interno de nuevo en un angosto camino abierto a talón. También se ve una lucecita y al verla da un brinco mi corazón. En el interior del pequeño local obrero, unos hombres cantan hermosas remembranzas de creencias luchas.

Y canto allí mi verbo, y manos hermanas me estrechan la diestra.

¡Caminito abierto a talón, pequeño local obrero: cuando un vagabundo se encuentra a su paso, canta su corazón!

¡Cantemos, pues, hermanos!

¡HERMANOS CAMINANTES!

Perdámonos entre el gentío de los andenes; llenemos nuestras almas de ruidos, de gritos que son vida; cantemos en la partida, y el tiempo nos devolverá desde sus concavidades el sonido de nuestros gritos, en bellas promesas de fraternidad.

La vida del futuro nos resarcirá con creces la que hoy derrochamos en la lucha.

Pisámonos la locomotora cuando arranca del andén, más aun, empujemos el convoy con nuestro entusiasmo, cuando arranca de la estación.

Y derribemos con él, los palacios del camino; cortemos, enredemos los alambros, levámonos vivientes dignos del hombre, donde hay hoy miserables ranchadas. Abramos muchos caminitos a talón, con paciencia, con tesón. Lleguemos muchas veces a los localitos obreros de las luces rojas.

Cantemos siempre nuestro verbo, y el mundo será de los libres, de los dignos, de los que algo producen en la vida.

¡Luchemos, pues, hermanos!

¡Luchemos!

ABRAHAM SCHOR.

Junio de 1923.

bebida, en los lupanares, apasionándose por el juego, nada más, mientras se afianza con mayor vigor, el cesarismo monárquico, republicano o socialista.

Tranquilizaos, ¡oh grasicientos cetáceos que el apasionamiento de Lutecia por las historietas, ha sido substituido hoy día por el de los mozos imberbes que se vanaglorian de haber seducido y abandonado a una pobre mujer.

Ya no es el Egipto el que arrulla a sus momias y canta en torno a sus sagrados bueyes; ahora es el populacho de aquí y de todas partes, que se arrodilla ante un altar, frente a un lienzo o un muñeco de palo; ahora es la juventud sin sueños, que hace genuflexiones ante el becerro de oro, más venerado que los mismos bueyes de otrora, o que aclama a un trapo de uno o dos metros, atado en la punta de una caña, o que se une a la carroza de un gobernante, poseída de delirio ancestral.

Tranquilizaos, ¡oh timoratos políticos, jueces y verdugos que vuestro vetusto y remendado edificio durará mucho todavía, en tanto los jóvenes no rompan sus milongas o dejen de cantarlas y empuñen la espada, el látigo o la bomba; en tanto no dejen la aventura obscena por la revolucionaria; en tanto no inmolén al becerro de oro en el altar del bienestar común; en tanto se postren ante un farsante de toga, de frac o clámide, en vez de desafiarlo, y en tanto no comprendan que todos los reyes, así del cielo como de la tierra, no son más que simples muñecos llenos de aserrín por arriba, y de excremento y podre por abajo.

¡Oh! pero cuando abra los ojos, cuando vea, cuando palpe, ¡ay de vosotros, señores, porque el terror os poseerá!

Mas por ahora, tranquilizaos: esta admirable paz se prolongará por mucho tiempo todavía. Comed, gozad, dormid, pues sin preocuparos. El pueblo es manso y está acostumbrado al yugo. Yo os lo digo.

BEGU-BEN-IZDOK.

Lección para todos

Cómo somos. Cómo deberíamos ser.

Somos las agrupaciones editoriales de periódicos, de lo más insólitas y extrañas. Vivimos como los malos vecinos, observándonos la vida, para alegrarnos en silencio, de las paredes adentro, en cuanto la vemos triste, caía, sin sangre ya.

Cada grupo de compañeros cumple en el pueblo, en su ciudad o su aldea, la obra que está al alcance de los medios con que cuenta. Esos medios suelen ser generalmente precarios, más precarios cuanto más les es hostil el ambiente en que esos grupos actúan. Lo lógico sería pues ayudarlos, bien enviándoles gratuitamente material de propaganda o dándoselos al menor precio posible. Pero no, lo contrario es la verdad: de lo gratis, casi siempre nos olvidamos; del precio, el mucho, cuando más es, casi siempre también el que mejor nos parece. Un folleto, por ejemplo, de 60 a 70 páginas, nos cuesta por lo regular de 20 a 30 centavos, cuando por 10 lo podríamos comprar si sus editores tuvieran en cuenta los intereses de la propaganda. Un libro de unas 400 páginas, que podríamos vender a 80 centavos, no es difícil que le doblemos o triplicásemos el precio para sacarle más jugo. Y hasta se dan estos casos: que el libro de nuestro ejemplo le cueste al librero un peso y a los camaradas dos. Con un criterio de esta clase, más digno de comerciantes que de propagandistas, es claro que nuestra obra no pueda extenderse mucho, y es claro que nuestra solidaridad sea siempre tan menguada.

Leamos un periódico cualquiera de propaganda de nuestras ideas. A cada instante lo veremos declamar solidaridad a los trabajadores de aquí para los de allá, pedirle a todos que en la guerra que tal gremio sostiene contra tal burgués, presten su más decidido apoyo a sus hermanos en lucha. Como llamados, no pueden pedirse más persuasivos, más convincentes, más directos al corazón. Pero que salga uno de nuestros periódicos a probar los chanchullos morales, los latrocinios más evidentes de un N. N. cualquiera, con más antecedentes de policía que de hombre, de procurador que de propagandista, de insolvente que de responsable, de falluto, en fin, que de integro, y ninguno de sus colegas lo acompañará en la guerra que ha movido a un ente tal, ninguno se solidarizará con él para hundir en el destierro a tan vulgar ladrón como vil mercader, y lo que es peor todavía, hasta los mismos que deberían hablar porque algo tienen que decir, se callarán, y muchos continua-

RESURRECCION

Comedia dramática en un acto, de Daniel Dominguez

PERSONAJES

Margarita. 20 años
Doña Rosa, su madre. 45
Manuel, su hermano. 25
Eduardo, su novio. 25
Juan, un amigo. 25
Un bebé. algunos meses

ALGUNAS INDICACIONES RESPECTO A LOS MISMOS

Margarita: una muchacha de aspecto inteligente y bueno; expresiva en el gesto; viste elegantemente, pero con mucha sencillez.

Doña Rosa: una mujer aburguesada, de media madurez, ni demasiado conservadora ni demasiado envejecida; no sabe nada de nada; vive inconscientemente la rutina de su medio, sin preocuparse de si ha bien o si hace mal; visto de negro, sin ostentación de lujo.

Manuel: tipo despreocupado y con marcadas características de haragán; bien alimentado, rozaante, corpulento, de aspecto un tanto bestializado, y un tanto lánguido en los ademanes; no se acentúa ni se apura por nada ni para nada; como no tiene ninguna ocupación, ni pusea casi, y no hace otra cosa que estar en su casa durmiendo a toda hora; viste de cualquier modo, sin arreglo ninguno, con ropa vieja y notablemente revolcada.

Eduardo: prototipo del niño bien; afectado en el gesto y en el decir; el rostro bien afollado y bien cuidado; viste con todos los rigores de la moda; su traje guarda tan minuciosa simetría, que molesta; excesivamente planchado, sin la más leve arruga; es el tipo que vive de la apariencia, hasta el punto de dar la sensación de reclame de sastrería, más que de hombre propiamente dicho; ostenta lujo por todas partes: anillos, cadena, reloj-pulsera, grueso alfiler de corbata, guantes, bastón vistoso, pañuelo de fantasía asomando por el bolsillo superior del saco, y siempre en pose, como si eternamente se estuviese retratando o haciendo un gesto para la historia.

Juan: un mozo sencillo, aunque correcto y elegante; en su modo de hablar revela bondad, al mismo tiempo que interés por las cosas que le ocupan.

Un bebé: mudo; no habla, ni canta, ni ríe; duerme desde que lo entran a escena hasta que cae el telón.

El lenguaje: es, en todos, ese castellano levemente acriollado que se usa en las familias españolas que llevan ya años de América, con más tendencia al español que al verdadero criollo, aunque entre la familia haya algunos nativos del país. Se nota el acriollamiento, en el ligero arrastrar de las eses y en la suplantación de las ses y las setas por la ese, conservando, sin embargo, la acentuación perfecta de las palabras. En fin; un lenguaje neutro que no es ni propiamente español ni propiamente criollo.

La acción en Buenos Aires. Época actual

ACTO UNICO

Sala rica. Puerta al foro que comunica con el vestíbulo y tapada con un grueso cortinado. Puerta a la lateral izquierda que comunica con habitaciones interiores. Puerta a la lateral derecha, último término, que comunica con el jardín. Sobre la misma lateral, primer término, ventana por la cual se figura ver al mismo sitio. Varias sillas, sillones y un sofá. Esquinado en el rincón de la izquierda, un escritorio de señora. Una mesa de fantasía, un vaso hacia la izquierda, en primer término. Algunos otros muebles de adorno convenientemente distribuidos por la escena. Es de día. Izquierda y derecha, las del actor.

Doña Rosa, sola

(Sale por la lateral izquierda, dando muestras de inquietud y hablando consigo mismo). Pero señor, ¿a dónde se habrá metido esta muchacha? Si le hubiera pasado una desgracia... No, no; no puede ser; ya hubieran avisado. (Va a la puerta del foro, levanta un poco el cortinado y asoma la cabeza para el vestíbulo. Después, volviendo al centro de la escena:) ¿Qué podrá haberle pasado? (Oyendo la campanilla que suena en el vestíbulo.) ¡Ah!... está es ella. (Vuelve a la puerta, levanta la cortina y queda sorprendida al ver a Juan, parado delante.) ¡Oh!... ¿Qué cosa tan inesperada!

ESCENA II

Doña Rosa y Juan

Juan: (Entrando.) ¡La he sorprendido, verdad? (Da la mano a Doña Rosa).

Doña Rosa: (Claro; si creíamos que ya no se acordaba más de nosotros).

Juan: —Yo sé acordarme siempre de los amigos, Doña Rosa.

Doña Rosa: Pero no nos ha mandado ni una sola letra durante su ausencia.

Juan: —Siempre he sido muy negligente para eso, es cierto. Pero, es que yo no sé por qué, es torturador para mí tener que escribir una carta. Ya ve; ni a mi familia le he escrito... (Bajando un poco la voz y agachando la cabeza), por más que ya sabe en las condiciones que me fui.

Doña Rosa: —Sí; escapado de su casa. Pero eso, podemos decir, fue una niñería que ya se le ha perdonado.

Juan: —Así espero que sea, en efecto.

Doña Rosa: —¿Cómo se atreve a dudarlo? ¡No sabe usted cuánto ha lamentado su buena madre, aquí a solas conmigo, el no haber sido más tolerante con su hijo! Y su padre también; siempre que le recordábamos, se ponía muy apesadumbrado.

Juan: —¡Pobres viejos!

Doña Rosa: —Ha sido usted muy ingrato con ellos.

Juan: —Es verdad.

Doña Rosa: —Y aun duda de que le hayan perdonado.

Juan: —Es que, le diré, Doña Rosa, he llegado ayer y he pasado la noche en el hotel. Todavía no he ido a casa. Quería tomarlos de sorpresa y no les anuncié mi llegada, pero, ahora, no sé verdaderamente cómo hacer para presentarme. Fíjese que salí del hotel con intención de ir allí, y en cambio me vine aquí, por no saber cómo resolver esta situación tan molesta.

Doña Rosa: —¡Siempre cabeza loca, este Juanito! ¡Siempre inventando o proyectando algo! Lo mejor será que mande a su casa una esclavita. Mira (llevándolo al escritorio) aquí puede hacerla. (Abriendo un cajonete de escritorio.) Aquí hay pape y sobre; yo misma la mandaré después a su casa con un sirviente.

Juan: (Sentándose al escritorio.) ¡Oh, muchas gracias, Doña Rosa; es usted muy buena! (Saca papel del cajon-

cito abierto por Doña Rosa y al ir a tomar la pluma para escribir.) ¡Ah! Pero, caramba; siempre lo mismo; (sonriendo con malicia) siempre olvidado de las buenas costumbres! ¿Y Margarita? ¿Y Manuel?

Doña Rosa: —Siempre acordándose de usted; especialmente Margarita. Ella se acuerda mucho de usted. Siempre está contando alguna ocurrencia o... algún capricho suyo.

Juan: —(Interesado.) ¿Sí? ¿Pues yo creí que no se acordaba ni de mí facta?

Doña Rosa: —¡Quite usted; si en los tres años que usted ha faltado, no se le ha pasado un solo día sin que lo nombre. Si hasta estoy por decirle que de tanto acordarse, —usted pensó de la expresión — se le están pegando hasta sus defectos.

Juan: —(Ríe bonachonamente.) ¡Ja, ja, ja!

Doña Rosa: —Sin ir mas lejos, hoy tenemos un caso. Fíjese que salió esta mañana a comprarse un sombrero; no eran las nueve siquiera y todavía no ha vuelto.

Juan: —(Mirando el reloj.) Pues son las cinco y ya. Seguramente se habrá encontrado con alguna amiga y se habrá ido con ella.

Doña Rosa: —Sí; pero podía mandar aviso, así no tenía una que estar aquí pasando inquietudes.

Juan: —No se asuste, Doña Rosa, pero, que quiere, los muchachos de ahora no podemos ser como los de hace treinta o cuarenta años.

Doña Rosa: —¡Oh, no, mi querido Juanito! Lo que hay es que los padres de ahora, no sabemos hacernos respetar como los de antes.

Juan: —Pues yo en cambio, le aseguro que si mis padres me hubiesen sabido respetar un poco más a mí, nunca me hubiera ido de su lado. Yo tenía que respetar, al extremo del más absoluto silencio, sus creencias y sus costumbres, pero ellos no hacían, por el contrario, otra cosa que importunarme constantemente respecto a las mías.

Doña Rosa: —¿Cómo han cambiado las cosas! ¡Cuidadito con que yo le rechistara a mi padre, o lo mirase demasiado fuerte!

Juan: —No se aflija, Doña Rosa, no se aflija. Ese es el camino a que todo está obligado: cambiar y cambiar siempre. Lo que no cambia desaparece.

Doña Rosa: —Es que esta Margarita es el colmo. Es trabajadora, eso sí. Y aún que nadie le haya dicho nada, que es lo mejor. Ella se pone y va de acá para allá todo el día, trabajando tanto o más que cualquier sirviente de la casa. Lo malo es que no se le puede contradecir, ni decirle una palabrita más fuerte que otra. Y no es que se irrita o escandalice, no. Es que, yo no sé, se engolfó en la lectura de unos libros que ha sacado quién sabe de dónde, y después la marca a una con palabras, y siempre sale ella gándola.

Juan: —Y bueno; no es para lamentarse entonces. No es que obre a impulsos de un instinto de maldad, sino a conciencia de un sentimiento cultivado.

Doña Rosa: —¡Huy, huy, huy! Hablando así, también usted me va a ganar, claro.

Juan: —¡Qué buena esta Doña Rosa!

Doña Rosa: —Qué débil, querrá usted decir.

Juan: —Eso es bondad, Doña Rosa, es bondad, aunque lo que usted en sentido tan contrario. Y ahora, cambiando un poco el tema, —no quisiera ser indiscreto, —¿sigue Margarita con aquel novio tan oficioso que tenía?

Doña Rosa: —Sigue con él, sí, pero me parece que es porque no ha encontrado todavía el modo o la ocasión para despedirlo. El muchacho es un poco así... en fin, usted me comprende, pero me parece que sería una lástima.

Juan: —¿De modo que está completamente revolucionada?

Doña Rosa: —¡Eso, eso; revolucionada! ¡Ha visto cómo también ustedes saben comprender cuando quieren?

Juan: —(Sonriendo.) Pero es precisamente lo que a mí gusta: que las personas se revolucionen. Lo malo es el estancamiento.

Doña Rosa: —(Circunspecta.) Bueno, bueno; si seguimos la conversación, no van a recibir nunca esa esclava sus padres. ¡Le un momento al jardín, para que pueda escribir usted. (Se retira del lado de Juan, y éste se coloca en actitud de escribir. Doña Rosa cruza la escena, hacia la lateral derecha y cuando está cerca de la puerta que da al jardín se dice para sí misma:) ¡Pero esta muchacha que no vuelve! (Se vuelve hacia la puerta del foro y asoma la cabeza hacia el vestíbulo. Se dirige otra vez a la puerta del jardín.)

Juan: —(Dándose vuelta de improviso, cuando Doña Rosa está por llegar por segunda vez a la puerta.) ¡Ah! ¡Pero Doña Rosa! ¡No se ha acordado de preguntarme dónde estuvo todo este tiempo!

Doña Rosa: —(Avergonzada.) Es verdad. Usted disculpe... es que esta inquietud...

Juan: —(Riendo.) ¡Bah! no es nada. Ya sabe usted que yo no hago caso de esos cumplidos obligados. Se lo decía por jugar.

Doña Rosa: —(Como sin saber lo que dice.) Es que yo no sé, estoy trastornada, estoy trastornada. (Vase por la puerta del jardín. Juan vuelve a tomar actitud de escribir.)

ESCENA III

Juan y Margarita

(Juan queda un rato pensativo, apoyado en el labio la izquierda, sin saber qué escribir. A poco, Margarita, asoma la cabeza por detrás del cortinado, del lado derecho, y como para cerciorarse de que no hay nadie. No percibiéndolo a Juan en el rincón de la izquierda, por haberse ocultado ella misma con la cortina, se determina y entra sigilosamente. Va al sofá y coloca sobre el mismo, con mucho cuidado, un bulto envuelto en una fraxada blanca, bajo el cual se adivina difícilmente la forma de una criatura. Está, jadeante y algo despeinada. Juan, como habiendo sentido algo detrás de él, se da vuelta en la silla mientras Margarita está todavía arreglando la criatura en el sofá, que estará colocado en la dirección de la lateral derecha entre la puerta y la ventana.)

Margarita: —(Con sobresalto, al oír el ruido que hace Juan en la sala.) ¡Ah!

Juan: —(Con efusividad.) ¡Margarita!

Margarita: —(Sin comprender.) Usted disculpe, creí que no había nadie en la sala.

Juan: —¿Por qué se ha sobresaltado así, Margarita? ¿Se asustó de mí?

Margarita: —No, es que ya venía con miedo. Venía sin saber cómo entrar en mi casa, y cualquiera me hubiera asustado lo mismo. Este susto era inevitable en esta circunstancia. Pero qué manera tan inesperada de encon-

rán con semejante tipo, en las más perfectas relaciones.

Convenzámonos: no somos todo lo que decimos ser, ni practicamos todo lo que aconsejamos. Somos, sí, en cierto modo, celosos de la prosperidad de la obra de nuestros compañeros, o envidiosos, en mal sentido, de la armonía que entre ellos reina.

A nosotros no nos entristece la agonia de un periódico nuestro, particularmente si el periódico ha logrado hacerse un camino en la simpatía de muchos. Tampoco nos entristece si tiene un feo aspecto o sale mal escrito. Por el contrario, estas desgracias nos producen más bien cierto contento, ¿y por qué no, si la muerte del colega puede ser nuestra vida; si la linfa que lo vivificaba, quizá derive o fuerza hacia nosotros?

Tal somos todos, habiendo de una manera general. Tal, sin embargo, no deberíamos ser ninguno de nosotros. Y tal no lo hemos sido (si es preciso que particularicemos algún caso) los que editamos esta publicación.

Por eso, porque nos ha dolido, hemos criticado a los compañeros que escriben malos versos, que saben poco de teatro malo, que han valido de recursos sucios para la propaganda, que han tapado la boca de la verdad cuando iba a hablar contra ellos, que han ambulado, en suma, por caminos tortuosos, o se dieron al chisme o procuraron echar abajo una obra en la cual no pusieron un instante de amor o de entusiasmo.

Y por eso sufrimos si se muere un periódico, si se disuelve un grupo o vive lánguido, porque sabemos que por mucho que otros se lancen de muy lejos a llenar el vacío que dejaron, jamás han de servir cumplidamente como los que conocen palmo a palmo el espíritu, el modo, la manera o la lógica del ambiente en que actuaron.

Y ahora, lean los compañeros la carta que insertamos a continuación, carta que nos movió a escribir las líneas precedentes, que nos llenó de júbilo por su íntimo sentido, y a la cual respondimos a su tiempo, privadamente, con un intenso abrazo fraterno de todos los compañeros de «Ideas» a todas las compañías de «Nuestra Tribuna».

Compañeros de «Ideas».

¡Salud y Anarquía!

El grupo editor de «Nuestra Tribuna» acordó, en vista de la condición económica por la que atraviesa vuestro periódico, por el que esa agrupación ha hecho cuanto le ha sido posible por sostenimiento desinteresadamente, y mirando con simpatía la obra realizada por él, iniciar una obra que hasta hoy no se ha llevado a cabo entre la prensa anarquista, que es la de la solidaridad. Y contando éste, periódico, momentáneamente, con fondos, hemos acordado donar, para contribuir al sostenimiento de esa hoja, la cantidad de veinte pesos, que va adjunta a ésta, en giro postal.

Es de esa manera, compañeros, como entendemos las que componemos este grupo editor, que se deben estrechar los lazos de solidaridad entre la prensa anarquista, así como entre los anarquistas mismos, dejando las divergencias que suelen separarnos, por la obra tan necesaria por nosotros emprendida.

Os saludó por la anarquía y el grupo editor.

JUANA ROUCO.

Necótes, 4 de Junio de 1923.

NOTA NECESARIA. — Los anarquistas no vivimos en vano. Miramos la vida con el propósito de aprender todo lo que ella enseña a todos, día a día, y cuando las lecciones son de aquellas tan bellas, por lo generosas, como la que nos han dado las compañeras de «Nuestra Tribuna» (de las mujeres han de venirnos siempre ejemplos de ternura), ¿quién no las tiene en cuenta? ¿quién podrá nunca olvidarlas; ¿quién, lleno de emulación, no se sentirá dispuesto para seguiras?

Es lo que nos ha sucedido a nosotros. Y así, viéndonos momentáneamente millonarios (obsérvese nuestra sección administrativa), hemos acordado en la última reunión de la agrupación editora de este periódico, donarle 30 pesos a «La Pampa Libre», valiente periodiquito sacado a fuerza de sacrificios sin cuento; 25 pesos a la escuela racionalista de Talleres y otros 25 a la Biblioteca Popular «Brazo y Cerebro» de Lanús (Oeste), que paja desesperada por abrir en aquella localidad y adyacencias, una brecha para la propaganda.

Y con todo esto creemos no ofender a ninguno y contribuir a formar el grande, el verdadero frente único: el de los pechos hermanos que ha de llevarse por delante a todos los sinvergüenzas, y un día abitará a la sociedad burguesa.

tramos.

Juan. — Cierro.

Margarita. — ¿Cómo está usted aquí? ¿Cuándo ha venido?

Juan. — He venido ayer. Pero, bah, dejemos eso; el caso es que estoy aquí. Lo que yo desearía saber, es por qué venía usted con tanto miedo. Por más que ya me dijo su mamá que había estado salido esta mañana y...

Margarita. — (Interrumpiendo.) Si, sí, y he permanecido fuera más tiempo que el de costumbre y que el razonable también; pero, no, no era por eso el miedo. Es que hoy he dado un paso que no puede menos que chocar con el criterio de mi madre, y por eso venía presintiendo la tormenta.

Juan. — Está usted haciéndose bastante independiente; ya me contó algo también de eso su mamá, y en verdad, creo que no tendría usted por qué asustarse tanto; me parece que ya la tiene acostumbrada.

Margarita. — Es cierto; yo hago en esta casa lo que quiero. Mi madre se siente impotente para luchar conmigo y me lo tolera todo, aunque muchas cosas no le gusten. Aquellos libros que usted me mandó antes de irse, me hicieron ver y pensar muchas cosas.

Juan. — ¿Quiere decir, que mis libros eran buenos, entonces?

Margarita. — Si; parecía que por ellos me hablaba una voz amiga, que me recordaba siempre la suya. ¡Ah, pero nunca he llegado a comprenderlos tan bien como hoy! Hasta ayer, hasta hace un momento puede decirse, no tenía de aquellas cosas sino que ideas vagas, confundidas, pero hoy se me han esclarecido en un instante.

Juan. — ¿Sabe que nunca me hubiera imaginado encontrarla tan interesante?

Margarita. — ¿No?

Juan. — Es más; le aseguro con toda sinceridad, que no era mucho lo que me acordaba de usted.

Margarita. — ¿Qué ingrato! Pues yo...

Juan. — (Interrumpiendo.) Oh, no me diga nada, que lo sé todo!

Margarita. — ¿Y, puede saberse, amigo Juan, dónde ha estado usted todo este tiempo?

Juan. — No se apure usted, que ya lo sabrá; ya se lo contaré con más tiempo. Y, pregunto yo ahora, ¿puede saberse, amiga Margarita, cuál ha sido ese paso dado por usted hoy? Creo que esto es más interesante y más urgente.

Margarita. — Este... ¿Ve usted ese bulto que he dejado ahí sobre el sofá?

Juan. — Si, sí, lo veo y ya estuve a punto de preguntarle varias veces, pero ahí veo a su mamá, también, que viene para este lado. Sea lo que sea, tenga usted valor.

Margarita. — (Notando la proximidad de su madre, se refugia de Juan y se coloca junto al sofá, como presta a defender lo que sobre él ha dejado. Al mismo tiempo que hace un gesto de inteligencia a Juan.) Nunca me ha faltado y ahora, con un apoyo, me faltará menos.

ESCENA IV

Margarita, Juan y Doña Rosa

Doña Rosa. — (Entrando por la lateral derecha. A Juan.)

¿Concluyó usted ya esa consulta? (Viendo a su hija.)

¡Ah! ¿Estás de vuelta por fin? Pero hija, ¿cómo has tardado tanto para comprarte un bonito sombrero? ¡Ni que hubieras tenido que esperar a que lo hicieran! (Queda como esperando contestación. Margarita, quieta en su sitio, permanece muda y asacha la cabeza.)

Juan. — Iré a dar una vuelta por el jardín.

Doña Rosa. — (A Juan.) Puede usted quedarse, si quiere; es usted de confianza.

Juan. — No, no. Mi presencia siempre será molesta en este caso. Si me permite, mientras ustedes conversan, pasaré al comedor a escribir esa dichosa esquela.

Doña Rosa. — ¿Todavía no la escribió? Pero, válgame el señor! Vaya, vaya usted a escribirla.

Juan. — Con su permiso, entonces. (Va riendo al escritorio toma el papel, el tintero y la lapicera y sale por la izquierda.)

Doña Rosa. — (Encarándose otra vez con su hija, que habrá permanecido en la misma actitud.) Te fuiste que no eran todavía las nueve y vuelves recién ahora, que son pasadas las once. ¿Dónde has estado? (Margarita sigue muda y calladita.) Cansados de esperar, hace ya rato que yo y tu hermano hemos almorzado. Pensé que si hubiera sido una desgracia, hubieran venido a avisar, pero hija, nada de eso. ¿Y ya empezaba a inquietarme. (Todo esto dicho sin enojo y sólo como cariñosa reconvencción. Después reparando en el bulto del sofá, que Margarita tapa a medias con su cuerpo.) Pero, ¿qué bulto es ese que has traído ahí? ¿No dices que era un sombrero lo que ibas a comprar? ¿No es eso?

Margarita. — (Sin temerarse, pero siempre sin mirar a su madre.) Si, sí, mamá, es verdad; pero no lo he comprado. Con ese dinero hice algo mejor. ¡Ah! y he resuelto cambiar radicalmente mi vida! He sido demasiado niña hasta ahora! Desde hoy tendré otras preocupaciones más importantes que las de niñas y los sombreros.

Doña Rosa. — (Impaciente de curiosidad.) ¡Bien, bien! Pero, ¿qué es eso que has traído ahí? (Va como para descubrir el paquete y Margarita la contiene.)

Margarita. — (Con vivacidad.) ¡No mamá, no lo toque, que se va a despertar!

Doña Rosa. — (Batiéndose.) ¿Que se va a despertar!...

¿Qué animal te has traído?

Margarita. — No es un animal, mamá; es un nene.

Doña Rosa. — (Con asombro.) ¡Un nene!

Margarita. — (Suplicando cariñosamente.) ¡Mamá, no se enoje!

Doña Rosa. — ¡Claro! No sé para qué me voy a enojar, si tú lo puedes todo.

Margarita. — Lo he traído así, todo tapado, porque está un poco enfermito; y hace tanto viento por la calle... Voy a desataparle un poco la carita para que respire mejor. Verá qué cara más preciosa tiene. (Se agacha delante de la criatura y le desata la cara con mucho cuidado, como para que no despierte. Después, con una sonrisa mezcla de alegría y de dolor, llamando la atención a su madre que ha quedado de pie detrás de ella.) ¡Mire, mire! ¿Pobrecito! (Con mucha suavidad le da un beso en la carita.)

Doña Rosa. — (Inclinándose sobre la criatura, por encima del hombro de su hija. A media voz.) Si, sí; es bonito! (Retrándose; fuerte.) Bueno, ¿y qué es lo que piensas hacer con esa criatura? ¿De dónde la has sacado?

Margarita. — (Haciendo señas a su madre de que baje la voz y hablando bajo ella también.) No hablé fuerte, mamá; le hace tanta falta dormir!

Doña Rosa. — Bueno, bueno. ¿Pero de dónde ha salido ese chico?

Margarita. — ¡Ay! Pero, mamá, deme usted un poco de paciencia. (Se levanta, se quita el sombrero, lo pone sobre la mesa y se sienta junto a la misma; suspirando.) ¡Ah, me ha dejado vendida! (Distraída se pone a darle vueltas al sombrero.)

Doña Rosa. — (En tono de súplica.) ¿De modo que no puede tu madre saber lo que haces?

Margarita. — (Sin dejar de darle vueltas al sombrero.)

¿Que qué pienso hacer, decía usted? Pues, ¿qué voy a hacer! Cuidarlo yo! ¿Guardárselo yo!

Doña Rosa. — (Sorprendida.) ¿Guardárselo tú!

Margarita. — (Volviéndose hacia su madre.) Si, yo; ¿qué otra cosa puedo hacer? Su padre, murió hace un año, sin conocerlo siquiera. Su madre, si no ha muerto todavía, tardará pocos momentos en morir.

Doña Rosa. — Si, sí, bueno, pero no tenía esa gente ningún pariente, en fin, nadie que se hiciera cargo de la criatura.

Margarita. — No tenían, no, ningún pariente. Aquí, al menos. Eran extranjeros: españoles. Se vinieron aquí a América, perseguidos por la miseria de allá; ilusionados por las grandezas que de aquí se cuentan. Vinieron a tentar la suerte, — igual que usted y el finado papá, según usted nos cuenta, — pero ¡pobrecitos! ya ve la suerte que tuvieron.

Doña Rosa. — Si, pero tu padre supo trabajar y aunque murió joven, nos dejó la buena renta de la que vivimos. Además, ésta es una tierra hospitalaria, que tiene en cuenta a los desgraciados también: tiene asilos para las criaturas que quedan al desamparo.

Margarita. — (Reconviniéndola.) ¡Pero mamá! ¿cómo puede usted hablar así? ¡Ah, si hubiera presenciado el cuadro como lo presencié yo! Verá: le contaré desde el principio.

Doña Rosa. — Bueno; me sentaré para escuchar mejor. (Arrima un sillón frente a su hija y se sienta.)

Margarita. — Cuando salí para la tienda, me encontré con Jacinta. ¿Se acuerda usted de Jacinta, aquella amiga mía que vino un día a casa? (Doña Rosa hace ademán de ignorar.) ¿Cómo no? Aquella... aquella que le dije que era de las damas de beneficencia. (Doña Rosa hace señal de asentimiento.) Bueno, me encontré con ella y me dijo si quería acompañarla hasta una casa en que tenía que hacer un socorro...

Doña Rosa. — (Tomándole la palabra.) Si, y tu amiga hizo el socorro, ¿cariñando a ti la criatura.

Margarita. — No, no, no. No fué así, mamá. ¡Oh, si tuve que pelarme la cabeza, nada más! Y para que ni siquiera te la hubiera de contar, nada más! Y para que ni siquiera te la agradeciera cuando sea grande.

Doña Rosa. — Y hubiera sido lo acertado. Porque, vamos a ver: ¿para qué te sirve a ti ese chico? ¿Para qué braderías de cabeza, nada más! Y para que ni siquiera te lo agradezca cuando sea grande.

Margarita. — Madre, cuando la naturaleza, cuando esa gran madre de todo cuanto alienta bajo el sol, hace algo para el bien común, no lo consulta con nadie, ni tiene en cuenta si le ha de agradecérselo tampoco. Usted que todavía lee la biblia, no debiera decirme eso. ¡Faz bien y no mires a quien! ¿No es así como Jesucristo dijo? Pues ya ve; usted es creyente y desaprueba mi proceder.

Jacinta, que también es creyente, me decía lo mismo: "No sé para que quieras cargarte con ese muchacho medio físico, pudiendo echarlo al asilo. De todos modos no es ni de tu propia carne, es hijo de dos buscavidas miserables que sólo servían para trabajar". Cuando escuché esto, tuve que contener un acceso de rabia. ¡Me acometió tal ímpetu, que estuve a punto de arrancarle todas sus alhajas y pisotearlas, y ahogarla a ella después!

Doña Rosa. — (Interrumpiendo.) ¡Pero, ¿qué ha sucedido hoy en ese momento, que me ha resucitado!...

Margarita. — ¡Esta rubieta es todavía un favor que debo agradecer a mi indigna amiga!

Doña Rosa. — (Que, antes de terminar Margarita, se habrá levantado como asustada; acariándola, y con mimo.) ¡Pero hija! Margarita, tú te exaltas demasiado! ¿No te sientes mal?

Margarita. — ¿Cómo no exaltarse, madre, cómo no exaltarse! ¡Si es como para explotar de indignación! ¡Silento no sé qué cosa, como un nudo, aquí, (llevándose las manos a la garganta.) Aquí, en la garganta! ¡Silento no sé qué angustia, frente al triste cuadro que tenemos delante, sólo se concibe en un alma encallecida por el vicio, empedernida por el mal. Para ella valía más su perrito, que mantenía en brazos, que esta pobre criaturita hambrienta. ¡Es que su perrito es de su clase, sí, de su clase! (Con un gesto de suprema repugnancia.) ¡Oh, qué asco, qué asco!

Doña Rosa. — (Suplicante y un tanto desesperada.) ¡Margarita!

Margarita. — (Sin hacerle caso.) Figúrese, madre, en un ambiente de harapitos, sobre una cama desahogada y sucia, una mujer moribunda, vidriosa ya la mirada, hundida las sienes, en la consumida por la fiebre y al lado, el pequeño, hambriento, flacucho y barrigón, inconscientemente como una bestezuela, hocoando y chupando inútilmente del pecho seco y escaldado. Recuerde al padre muerto hace un año; destruido en los engranajes de una máquina, luchando por el mendrugo miserable. Observe la angustia de un grupo de vecinas de la casa, rodeando la cama de la moribunda; agotadas también ellas por el sufrimiento, retratadas en sus semblantes el dolor de la pobreza y lamentando no poder quedarse ninguna con la criatura: "Si yo no puedo con los niños", se decían angustiadas unas a las otras. ¡Pobrecitas! Y como un insulto a tanto dolor, ¡nosotras delante! ¡Yo, la señorita rica, mimosa y bien cuidada; y mi amiga, la matrona que no sabe qué hacer de su dinero, la dama de beneficencia, cargada de alhajas como una sanguijuela hinchada de sangre!

Doña Rosa. — (Siempre acariando a su hija y tratando de calmarla.) ¡Mi querida Margarita, olvídalo un poco de eso! Cuando estés más serena terminarás de contarme! Mira, el chiquito sigue durmiendo; puedes ir a comer algo y a descansar un poco; tendrás hambre y estarás cansada; yo me quedaré aquí cuidándolo. ¿Quieres?

Margarita. — No, no! ¡No podría comer! ¡Este nudo, esta angustia que me ha quedado aquí, en la garganta, no me dejaría pasar nuestro pan robado!

Doña Rosa. — (Con profundo desconsuelo.) ¡Nuestro pan robado! ¿Estás en tu juicio, hija mía?

Margarita. — Si, sí, lo estoy. No se asuste usted madre, que no deliro, no. El cuadro de miseria que hoy he visto, me ha hecho vislumbrar, me ha hecho adivinar otros muchos encadenados a éste, que yo nunca hubiera sospechado. En un momento lo he visto todo claro, como si me hubiese alumbrado un relámpago. ¡Oh, sí, de todas esas miserias, somos nosotros, nosotros los ricos, los que tenemos la culpa! ¡Bien claro lo he visto!

Doña Rosa. — (Lacrimante.) ¡Pero hija!... ¿No ves que destruyas mi corazón?

Margarita. — (Tratando de conformarla.) Madre, yo no quiero decir que usted, ni yo, ni el indolente de mi her-

(Segue en la página 7).

Biblioteca "Miguel Bakounine"

Tal es el nombre de la que han fundado los compañeros de la "Agrupación Pro Prensa Anarquista", de Salta. Cuenta ya con más de 200 volúmenes, y pide a los compañeros agrupaciones similares, centros editoriales, etc, su cooperación moral y material. Dirigirse al encargado para la correspondencia, compañero Mayo Mainieri, calle Jujuy N° 108. Salta.

Acuerdo

En vista de que el IX Congreso de la F. O. R. A., trató de cortar una de las ramificaciones del centralismo, como era la F. O. R. Portuaria y Anexos y ya que los delegados al Congreso dejaron en pie una de las tantas características centralistas, el S. de R. Obreros del Puerto de Ing. White y Pto. Galván acuerdan en asamblea: 1° Anular el carnet federal único y reemplazarlo por una boleta al sólo efecto del control de la misma Sociedad. 2° El 6 % de lo que se saque de cotización se remitirá directamente al Consejo de la F. O. R. A., para la propaganda regional y este pago se hará a cambio de un recibo para administración, anulando así la estampilla federal. 3° El 4 % de las cotizaciones se remitirá en la misma forma a la F. O. Provincial, en caso de que se constituya, a la Local o Comarcal. 4° No reconoce la estampilla regional pro presos y a cambio de la misma ésta Sociedad destinará el 10 % de las cotizaciones para los presos por causas sociales, tomándose la facultad de enviar este importe al Comité que considere más oportuno. 5° Se deja a voluntad de los adherentes la cotización de los meses atrasados y su importe se destinará íntegro para los presos por causas sociales.

Sociedad de R. O. Puerto I. White y Galván.

Miserias proletarias

Debemos también decir algo sobre este asunto máxime si somos obreros y hemos de procurar una superación de todo orden en las condiciones de nuestra clase.

Miseria física y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

Empezando por nuestro propio hogar y continuando con los demás, hemos observado que el mal tiene mucho de indigno y muy repugnante. ¿Qué hacer, si y miseria moral. He ahí cuanto se contempla en la mayor parte de las familias proletarias.

los poderosos de la antigüedad y hoy mismo el propio Estado, son los culpables de casi toda la bestialidad que ellos han propiciado por conveniencia propia. Pero si nosotros no nos hacemos de un ambiente más elevado, pese a nuestra pobreza, si no procuramos refinarnos un poco, es indudable que jamás saldremos de ser unos miserables en todo sentido.

Y para mejorarnos, para elevarnos, para educarnos, para perder la ordinariéz y la bestialidad de que somos exponentes, no hay como el buen teatro y la buena literatura, que nada tienen que ver con las patadas de *football*, los trompis de *ring*, la *muerra* y los naipes de los boliches, los hipódromos, y demás juegos y deportes que cuando no pierven, animalizan.

Los anarquistas no solo combatimos al régimen que nos oprime sino también a la familia actual basada sobre el egoísmo, régimen y familia que deben desaparecer para dar paso a la libertad y a la nueva familia universal, fraterna y generosa, que auspiciamos.

José Pucci.

Visión y realidad

Paseando la mirada de mis ojos escrutadores, por sobre la extensa llanura del mal, veo todos los misterios del presente, ocultos a los ojos del incauto por la insensibilidad de los de arriba y la imbecilidad de los de abajo...

Las risas de la chusma analfabeta, risas sin expresión, idiotizadas, se mezclan con las risas de la chusma «civilizada», de la chusma elegida del dios oro, con esas risas sarcásticas y téticas que semejan estridentes chirridos de una máquina infernal.

Siento el ruido escandalizador de las gentes «felices», ebrias de amor mentido, ebrias de voluptuosidad, ebrias de dicha efímera... danzando en vibrante orgía...

Oigo los juramentos de los despechados, juramentos sordidos como truenos de invierno...

Presiento las tempestades que se gestan en las mentes enfermizas de los envidiosos...

Veo acercarse a mí, con loco aceleramiento, la inmensa oleada del mar de las injurias, agitado por el vendaval de las pasiones y miserias humanas...

Escucho las trónicas burlas y diatribas que, cual alegre y despiadado coro, irrumpen en el aire, dejando el corazón helado al hombre que siente en su mente germinar la idea del bien, del amor universal...

Todo ese confuso rumor que no sienten los incautos, ni quieren ver los poderosos, llega hasta mí con sus diferentes tonos y ritmos; yo lo veo avanzar cual bestia apocalíptica, cual despeñado torrente, cual lava de volcán en erupción. El me revela las humanas bajezas, las bastardas pasiones, los vicios rateros, las insanas injurias, las abyectas miserias... Pero también descubro en ese rumor, los odios nobles, santos y las iras vengadoras. Se siente con él un hábito de verdadera vida que surge de las más hondas capas del alma social. Es la luz que se rebela contra la oscuridad, el astro contra las sombras, la esclavitud contra la tiranía...

Al ver todo eso, cierro los ojos y me quedo abismado. Interrogo con el pensamiento a mi «yo», y él me cuenta las volutas de la vida, infinitas que han gozado los poderosos por los siglos de los siglos; las infinitas ansias de gozar de los que nunca nada han sido; los dolores maternales de las madres buenas y los espasmos de las mesalinas burguesas, los caprichos de las encopetadas histéricas y los delirios supremos de las nobles plebeyas... ¡Sí, todo me lo dice mi yo, mi concienzual ¡Leo en ella como en una gran historia universal hasta hoy no escrita, y siento bullir en mi cerebro ansias anarquistas, ansias renovadoras, de destrucción y construcción, ansias supremas de amor para los unos y de odio para los otros...

Y así, abismado en mi dolor profundo, me cubro los cerrados ojos con las manos, para que no entre en ellos ni un rayo más de esa horrorosa luz, porque no quiero seguir viendo ante mí la fatal realidad del presente con todos sus males...

En vano pretendo pensar en el futuro con sus bienandanzas y su armonía. Mi cerebro continúa viendo el presente lleno de crímenes, de horrores e injusticias, y no puede olvidar que el mal existe. Y ante mí desfilan en fantástica procesión, almas carentes de honradez, almas religiosas, pero corrompidas y corruptoras a la vez; ideas desnudas de virtud, ideas buenas para unos pocos, pero malas para los más, ideas egoístas, envidias mezquinas que murmuran del sol que les da brillo; ansias

locas de acaparación y hartazgo individual, que son al mismo tiempo de desamparo y hambre colectivos; ambiciones volcánicas de destrucción de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo artístico, de todo lo santo; rencores frívolos de grandes pedantes y grandes apetitos de concupiscencias innobles; fiebres de alta temperatura, surgidas a consecuencia del sensualismo; avaricias lúgubres que miran con ojos calculadores aun más allá de la tumba; locuras sanguinarias y repentinas que causan arrebatos de destrucción moral y física; becas contra el bueno, lanzadas por pillos y falsos moralistas; chistes ridículos y torpes, que nos endigan a quemarropa los que se arrastran para medrar, que quieren convencerarnos con su ponzoñosa morderuda, para después bailar satisfechos sobre nuestros cadáveres aun calientes; estulticias que lo niegan todo desde el derecho hasta la ciencia; fuerzas brutales y contraproducentes que nos imponen su torpe razón y crucifican todos los anhelos; desnudes deformes de las mentes y conjuraciones impías de la carne y del placer mentido...

Todo esto me tortura horribilmente y abate mi ánimo a la par que sirve de acicate para que busquemos el remedio al mal...

Por eso pienso también en el futuro, y entreveo el alba roja del bien, que ha de alumbrar un mundo de infinita armonía universal.

Si esa visión del bien futuro, quiere asomar apenas en la materia gris de mi cerebro, y yo no podría ahora trasladar al papel las impresiones de ella, pues tengo la mente atormentada por todos los horrores y miserias del presente y del pasado.

Puede que más tarde, cuando el bien se practique sobre la tierra, puedan los hombres de esa bella hora de la historia, escribir sin apasionamientos ni rencores, el Poema de la Vida, lleno de luz, ciencia y amor.

Mientras tanto, nosotros sigamos poniendo de relieve todos los vicios y bajezas humanas del presente, para ver si con ellos damos pábulo al odio airado, fuerte y bravo que es necesario para hundir el mal.

MARCELINO R. SANJURJO.

Tres Arroyos, 25 Mayo de 1923.

El hombre y el gatito

Triste espectáculo es el que continuamente nos ofrece el pueblo de Berisso, envuelto desde hace tiempo en los pañales de la ignorancia. Yo no sé si con el andar del tiempo éste pueblo escalará la cumbre del más alto de los ideales o si se hundirá en el más profundo de los abismos, pero el caso es que actualmente, se halla sumido en la postración.

Si un amigo me dijera: «Mira, tengo un gatito y un hombre, y como quiero desprenderme de uno de los dos, te regalo el que quieras. Elige pues.» Yo le respondería: «Dame el gatito», tanto es de mucho más inteligente, a mí parecer, este animalito de cuatro patas, que la enorme cantidad de animales en dos pies que pueblan Berisso!

¿Qué nociones tiene ahí el hombre? Ninguna. Ahí no se sabe sino valorar los «directos a las mandíbulas», de Firpo, la ligereza de las patas de los caballos de carrera y otras cosas tan nobles como embrutecedoras.

Yo les pregunto a aquellos que usan pantalones: ¿Han visto acaso que el gato se deje robar su presa? Vayan y hagan la prueba de arrebatárselo al ratoncillo que tiene aprisionado entre sus uñas, ¡que ni rasguños se llevarán! Que vaya otro gato a quererle atrapar el bife que le arrojó la patrona, y lo oiremos refunfuñar, listo para defenderlo.

En cambio ¿qué sucede con el hombre? Se le explota, se le quita la mayor parte de lo que ha producido, se le niega el goce que proporciona la contemplación de las creaciones del genio humano; se le rebaja en lo más grande en la dignidad; se le reduce a la impotencia; se le somete, en fin, a toda clase de martirios así físicos como morales, ¡y no por eso se muestra intranquilo!

«Paciencia», murmura, y se cruza de brazos, cuando no reza a su Dios pidiéndole que no le envíe males mayores.

«Pero procurarse el mismo el remedio a los males que padece, velar el mismo por su situación? ¡Bah! Ni se lo aconseje nadie, porque lo hará pasar por un bruto, o por un agitador, o por el causante de sus desgracias, o por el provocador, en suma, de las iras de su amo.

«Dame el gatito, amigo! Desde hace tres meses a la fecha tenemos en Berisso una romería, dis-

trazada con el nombre de «kermesse», en la cual se vacía en un triquitruque el bolsillo de los «pavos» que caen ahí. En ella se venden bebidas, golosinas y todo aquello que el buen ojo del comerciante experto alcanza, a ver que se excite como un medio para sacar dinero.

Por una libra de chocolate, por ejemplo, que el más ladrón de los bolicheros no la cobra arriba de 70 centavos, suele sacarle el «kermesse» diez pesos.

Se me dirá que hay siempre uno que se la lleva por 20 centavos. De acuerdo. Pero el hecho es que el «kermesse» se coloca entre el público 50 céculas a 20 centavos.

¡Fulanito ve que Zutano se lleva un objeto de valor por poca plata, y ya le entran ganas, por no ser menos, de jugarle esos centavos. Mengano se siente contagiado por Fulano y hace lo mismo. Y el dueño del negocio, que no hace más que cantar do, re, mi, fa, y al bolsillo del tonto la mano se le va, comprende que no hay como las reuniones de beneficencia para beneficiarse sin pagar patente y sin correr el peligro de que las leyes contra el juego que el gobierno dicta para perseguir a los jugadores de cantina en obsequio de los de los clubs elegantes, calgan sobre el comederío corruptor, legalmente autorizado.

Si, pues, amigo: quédate con el hombre y dame a mí el gatito. Es el único favor que te pido.

José BUSCAVIDAS.

Ensenada.

La acequia

Sale del canal o río y allá va cubriendo por entre zampas, alpacas, jirafas y demás abusos de los propietarios de terreno erial. Aquí gambetea un zanjón sobre un alto terraplén, allá cuepea una quebrada en una honda excavación, acullá taladra la vía o la calle y aparece al otro lado el suelo parejo como mesa de billar, con un pequeño declive que permita la corriente apacible de este agente de progreso, de valor inapreciable: el agua.

Como todo progreso, éste también leoniza los intereses de algunos: tales son los aguateros que se ganan la vida acarreado agua del río y vendiéndola a la población. ¿Mas qué es esto frente a la economía que realizan las lavanderas que tenían que comprar el agua para ganarse un miserable mendrugo de los niños y mujeres que para cultivar unas flores o árboles frutales o de adorno, regar los patios y las habitaciones, y demás necesidades domésticas, la tienen ahora al alcance de la mano, sin tener que mezquinarse, ni espiar al aguatero, ni incomodarse manteniendo vasijas ocupadas con ella; de los hombres en fin, que por un simple descuido o por no hallarse en la casa cuando pasó el vendedor, se veían obligados a privarse del mate o a limosnearlo al vecino? Y por último, ¿no es el agua la que facilita el desarrollo de los árboles que sombrean las calles en verano, cortan los vientos y el polvo, poxigen las casas de caxera y otras cosas, el carbono y constituyen, en suma, una parte de la higiene que es base de la salud?

No importa que algún ebrio proteste porque no puede saltar, o alguna madre reniegue de vez en cuando porque se le moje el niño; lo cierto es que la acequia reporta una comodidad y una economía de trabajo. Otra parte de la acequia es encaiminada al sitio en que están trazadas las quintas, esas pequeñas fracciones de tierra estéril que, apenas tengan agua, serán transformadas en fuentes casi inagotables de toda clase de verduras y legumbres, que llenarán abundantemente las necesidades de la población, que irá aumentando al compás de los progresos de la colonia.

Otra u otras se internan más en el monte, como hembras enamoradas tras los machos inocentes, ansiosas de los amadores sin mezquindades ni cálculos a quienes poder entregarles sus corazones. Regarán pastos, frutales, viñedos, papas, legumbres; serán, en fin, el agente que centuplice el valor de estos terrenos (regados o robados), que luego, como todo progreso acapado, enriquecerá a quien nunca tomó una pala en sus manos para cantarles prácticamente al trabajo.

Luego que estén terminadas estas acequias, una o dos filas de álamos por cada lado, las harán visibles a

Centro de Cultura "Germinal"

Se ha constituido en Río Cuarto (Provincia de Córdoba) con el objeto de la propaganda de nuestras ideas. Nos ha enviado un cartel en el que se expresan los propósitos y fines que persigue, y que no publicamos por su mucha extensión. Es su secretario Pedro Rodríguez; pro A. Guzmán; tesorero Pedro Cobos; pro Luis Calneglia; vocales Alejandrina Moris, B. Borrás y J. Clarac. Local social: Sobremonte y Bolívar. Río Cuarto. F. C. C. A.

lo lejos, cual vías lácteas terrestres conduciendo al progreso y entonando al trabajo himnos de triunfo,—trabajo y triunfo que no beneficiarán a los que sudaron abriendo las, siempre extraños y extranjeros para los dueños de los campos y el contratista de la acequia, aunque los primeros sean argentinos y los últimos, asiáticos; siempre también patriotas y grandes trabajadores, estos, y aquellos, los que sudaron, atormentados que si nunca se enriquecieron es porque fueron haraganes.

Veamos algo ahora sobre el trabajo. Nos hemos hecho cargo de él cuando apenas unas ramitas cortadas semejan camino de hormigas nos indicaban su ruta. Luego, agarrados en cuadrillas y mundos de herramientas, la mayoría de las veces inadecuadas, le metemos duro y parejo de la mañana a la noche, nosotros, los indios blancos, llevando por toda indemnidad un chiripá de arpillera o nada, que el exceso de trabajo obliga a la economía de ropa.

Comenzamos por hacer una picaña ancha como un boulevard, después una excavación a pico y pala, o bien un terraplén que hay que ir apisonando por cada capa de tierra que se le pone. Nivelamos al piso, por la a los costados, sacar aquí una palada de tierra que sobra, ponerle allá dos que le faltan, golpear en todas partes con la pala, hasta dejar el suelo parejo como mesa de billar, con un pequeño declive que permita la corriente apacible de este agente de progreso, de valor inapreciable: el agua.

Así un trecho y otro trecho, una cuadrilla y las otras trabajando como bestias un día y todos, y teniendo que pasar la mayoría de estos días a pura carne y galleta, y con escasez de agua. En el momento escasea todo, menos el egoísmo de los burgueses.

Para descansar tenemos una pieza tan espaciosa que nunca hemos alcanzado a divisar sus paredes; y el techo está más allá del cálculo que pueda hacer nuestra imaginación: ¡todo tachonado de estrellas!

Dejémoslos a la intemperie o cosa muy parecida, por cuya razón tenemos que tender las pichas al abrigo de los matorrales para librarnos del viento helado de la noche. Esta es la vida cómoda que disfrutamos los que producimos y que no envidian, es claro, los que se benefician con nuestro sudor y nos tratan encima de exigentes.

Luego de terminar uno de los trechos a que nos hemos referido más arriba, viene a tomar medidas el ingeniero, que es a la vez contratista, (esto lo hace después de hacernos esperar dos o tres días); y acusa las medidas que quiere, tratando, como se comprenderá, de hacer ver que ha medido justamente. Y no hay por qué dudar que en casi todos los casos lo consigue, pues la mayoría de los obreros, analfabetas además de inconscientes, se resignan sumisamente a cobrar lo que dice el ingeniero. Para esta clase de gente hay siempre trabajo, aunque el trabajo que entreguen sea una calamidad. En cambio si se le paran los pies al ingeniero, o si se le llama al orden exigiéndole el pago de lo tratado, (pues hay precios diferentes que no están en relación con la dureza de la tierra sino con la de los individuos que se dejan esquilmar), si ve que las papas queman, que no podrá imponerse como él desea, entonces se achica y paga lo que ha medido; pero ya no hay más trabajo para él que se hace respetar, aunque sea por demás inmejorable el que realiza.

Esto quiero decir que no son buenos obreros en la materia los que se buscan, sino hombres dóciles, que se dejen explotar con mansedumbre, y lo prueba claramente el hecho de que se reciba la labor realizada por estos, aunque le falte al terraplén la mitad del refuerzo; la cosa es que se conformen con el descuento que se les haga.

Mañana, cuando terminada la acequia larguen las aguas, que no saben amoldarse a ninguna disposición de las leyes, se descubrirán las fallas de los terraplenes y el interés del ingeniero en aceptar como bueno, por

fueron los de la U. O. L. «Alto» que «mus» a los camaleones! Para por terminado el paro, de acuerdo con el decreto de la Usa mayor, citaron a todo el proletariado local sin distinción de ninguna naturaleza. Se reunieron el 19 de Junio a las 9 y cuarto de la noche, y a las 9 y un día, en apuros que canta un gallo, dieron por terminado el acto. Fue en vano querer tomar la palabra para decir algo necesario a los trabajadores allí reunidos. El estado mayor de la usita local se opuso a ello. A tal efecto Bettini, aquel obrero que según los diarios burgueses estaba tan bien en el mitin usado del 1º de Mayo, espesó este discurso a nuestros compañeros: «Avan a su local, si quieren hablar y no vengan aquí a embarrullarnos. Hagan como nosotros, que no vamos al local de ustedes».

Y previos unos gritos de protesta y un borbotón de reacciones, el corazón de los camaleones, se disolvió la reunión a los quince minutos de iniciada.

Los demás gremios adheridos a la F. O. L., y el de Albrillos y Gráficos, se mantuvieron en el paro un día más, como protesta contra los atropellos de la milicia porteña.

Y esto fue todo lo que sucedió en la benemérita ciudad de La Plata, fundada por Dardo Rocha,

La justicia de clase

Tiene cínicos gestos esta justicia, tan cínicos, que a los obreros que al plebeo que es siempre el único beneficiario de esos gestos, los contempe impávido, sin decidirse a hacer una de a pie que sirva de escarmiento a sus verdugos.

Lo mismo esa justicia zampa a diez inocentes en una cárcel, que absuelve a cien pillastres redomados o los deja proceder libremente haciéndose la ignorancia por su existencia; eso, sino los ampara por las mismas razones que a otros persigue.

El caso de Ramón Silveira es un caso clavado de justicia de clase. Inútil ha sido que los artículos tales o cuales de la ley que sirviera al defensor para su defensa, dijeran expresamente tales y cuales obras en favor del reo. Eso no valió de nada, porque la ley es una cosa yerta que sólo se anima bajo la voluntad de los hombres. Y como los hombres, que están en la sociedad colocados por orden de jerarquías, tienen como consecuencia, una cierta dosis de ambiciones y de odios especiales, es claro que la ley animada por esos odios y esas ambiciones, habría de caer sobre Silveira. Y que la justicia de clase es igual en todas partes, que no sabe de regiones, de climas, de latitudes, acaban de probarlo los jueces del Uruguay, como lo probaron los de Alemania cuando pusieron a Nicolau en manos de la justicia española, como lo probaron los de Polonia entregando a la justicia de la Rusia bolchevique al valeroso insurgente Néstor Mackno, como lo acaba de hacer a vuelta la justicia de la Argentina y como termina de probarlo condenando a C. Fernandez Cabana y Manuel Silva a 12 años de reclusión, a los cinco hermanos Maestre a reclusión perpetua y a Marcos Galván y Pacho a 8 años de prisión a cada uno, por delitos de asalto, robo, etc, que no han podido ser probados, mientras deja en libertad a toda esa taifa de valadores de la provincia de Buenos Aires que le metieron una y diente a las arcas del Estado, defraudándolo unos con otros en la bonita suma de un millón de pesos.

Decid todo lo que queráis; poned el grito en el cielo, llenos de indignación por estos hechos brutos que cargan de odio la conciencia honrada; relampaguead vuestras rabias sobre las cabezas vanas de nuestros hombres públicos, pregones de honestidad y de pureza y sin embargo tan bandideros; llorad, rugid, protestad, que cuanto hagáis será inútil, de toda inutilidad, pues las bestias supremas—gobernantes y jueces, ministros y diputados, policías y verdugos—seguirán castigando, obligando, violando, atropellando y asesinando de acuerdo con los preceptos de la feroz justicia de clase que colma sus atroados corazones.

Aquí, hoy día, ante un pueblo tan pasivo como el que formamos y una justicia tan cínica como la que sufrimos, no hay más que el gesto propio, si queremos reivindicar nuestra dignidad hollada. Pero hombres como Radowitzky y Wilckens no hay uno todos los días, y en cambio sobramos mucho los literatos, los oradores, y demás valientes del comunismo, del industrialismo, del sindicalismo, del arte y de la unificación.

Los tartufos

Ese andaz de Manolillo que madame la liga patriótica argentina, tuvo el otro día un gesto de los suyos: venirse acá, a esta ciudad pacíficamente ovina, a darse una conferencia en el atrio de la Iglesia San Ponciano. Fue el 24 del pasado mes, a la salida de misa. Fuimos a curiosos. Queríamos ver qué cara tenía ese bicho. Nos sorprendimos: ya no parecía más aquel pobre gallejero que conocimos cuando éramos chicos, y vivía adulando a los almaceneros que años después lo hicieron diputado. Bien trajeado, bien pintaditas las canas del bigote y la cabeza, ahora parecía otra cosa éste Carlos. Lo único que no ha cambiado, a pesar de su carta de ciudadanía y de su grosero argentinismo, es el tono ibérico de su voz.

Como es hombre precavido, si que también guapo de upa, puso su espalda bien pegada a la pared. Y comenzó a rebuznar. ¡Cuántos macanazos dijo y cuántas paradas hizo! «Aquí está mi pecho de argentino. ¡Dónde están esos que me querían matar! ¡Que maten si son hombres!».

Tan ridículo se puso, que un compañero no pudo contenerse y comenzó a reír. ¡La pucha! Mejor no lo hubiera hecho! Una nube de vigilantes, de oficiales, de pesquisas y de carnes de la liga, traídos ex profeso de Bs. Aires, se le vinieron encima, revolviendo en mano. Y aquí me caigo y más allá me levanto, se lo llevaron junto con otro a la comisaría. ¡Gran siete si había habido argentinos! Con razón el tal Carlos se mostraba tan valiente!

Bueno, pasó esto; siguió balagueando un rato como esa gente tremenda que cuando está bien ligada por los amigos, les dicen: «¡Súchennne que me lo comel!» y luego, terminado que hubo de rebuznar sus pavalas, y aplaudido por los filis y las niñas, disparó en un automóvil blindado protegido por la policía a caballo, que lo custodiaba, mientras desde la iglesia un tralle telefonaba a Buenos Aires: «El doctor Manuel Carlos partirá vivo para esa en el tren de las tantas y tanto. Ahora se fue a almorzar al jockey club con el jefe de policía».

Media hora después de todo este aparato demostrador del valor argentino, marca liga patriótica y otras verbas, vino a un uniforme de policía metido dentro de un hombre, que andaba buscando firmas para probar que los presos eran perturbadores del orden. Dicese que ese uniforme era el del comisario que no quiere anarquistas en su sección. Pero eso no lo creemos, pues el señor comisario, al que conocemos de cerca, es una persona muy elegante, sobre todo cuando anda en coche o se sienta ante el escritorio para firmar un sumario.

De cualquier modo, la patria ha sido salvada por esta vez; y Carlos ha podido corregirle la plana a Sarmiento, probándole que si con la palabra argentina se puede formar la palabra ignorante, nunca, jamás, en la vida se formará el vocablo patotero. Que lo digan sino los cafres que lo rodeaban, las mujeres que lo aplaudieron, la policía que lo acompañó hasta el jockey, los frailes que lo bendijeron antes de que rebuznara, el comisario que viera feroces conspiradores en nuestros compañeros Ricetti y Kenny Hart, y los diarios locales que al hacer crónica del acto, se mostraron tan contentos de ver defendidas las sagradas instituciones de la patria, por el último, el más pigmeo, el más infeliz de todos los extranjeros.

[Caraduras! ¡Fachatostas!]

ADMINISTRATIVAS

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—Agrupación «El Porvenir» 10.00, Sub Comité «La Antorcha» 8.00.

Arraóles.—E. Martínez 1.50 por int. de «La Antorcha».

Allen.—M. Balsa 2.80.

Azul.—J. Berdinas 2.00.

Bolívar.—Sindicato Oficios Varios, donación 5.00.

Bahía Blanca.—I. Rodríguez 10.00.

Buenos Aires.—R. Berrini 1.00 y A. López 1.00 por int. de «La Antorcha».

Victoria Simino 1.00, J. Galindo 1.00, J. Carro 1.00, F. Faragasso 4.00, Agrp. C. L. de O. Ebanistas 4.30 y 0.70 por nuestros carteles, S. A. 5.00, J. Regina 0.60, E. Gantús 2.00 y 5.00 por nuestro folleto, S. Alvarez 1.00.

Berazategui.—L. Comas 5.00 por int. de «La Antorcha».

Berisso.—Anita García 1.00, J. Noya 1.00, G. Gorda.—Donaciones de Biecca, T. Torralba, Monserrat, L. Cas, Juana, R. Capó, L. Torrecillas 0.80 cada uno,

F. Palencia 0.40, S. Fuxá 0.50, Monzón Gómez 0.20, F. Moyano 0.50, L. B. Hidalgo 0.20, Esteban López 0.20, Por paquete O. Peralta 6.00.

Cipolletti.—Delgado 3.90 por int. de «La Protesta».

Colonias.—C. Sola 7.60 por int. de «La Antorcha».

Comodoro Rivadavia.—F. Sanchez 10.00, J. Perez Molina 10.00, F. Linares según la lista siguiente de donaciones:

Antonio Brená, F. L. José Bonazola, Salvador Vilard, B. Rodríguez, Fioravanti, Crespo, Natalio Ramos, M. Silva, Escribano, Giovanni Mottesi, Perez, Jesús Mariño, Cirilo Marina, Balbino Rodríguez, Rogelio López, Cravetti, Miguel de García, Bonzato Achille, Benitti Emilio, Vicente Vritovich, Pedro Bolla, Juan Kodich, Un amigo, Sartorio G., José Bonazola, Ramón Rey 1.00 cada uno; Francisco Linares, Mateo Sesea, Pedro Scopinich, Paulino González, U. J. Fernández, N. N. 2.00 cada uno; José Perez Molina, Vezuricelli, C. Miranda, Antonio Opasico, Un entusiasta 3.00 cada uno; Luciano García 5.00, Ana López 1.20, Antonio López 0.90, N. N. A. Sola, J. Mugica, Juan Carlos Pérez 0.50 cada uno. Total 63.60.

Copetones.—S. de Aribia 1.20 por int. de «La Antorcha».

Ensenada.—J. Kruisenga 3.00, J. Lijoveski 1.80, R. Alañef 1.00, J. P. P. 5.00, L. Martín 1.00.

Formosa.—F. Assumpcao 3.00.

Gral. Naderaga.—M. Villaso 5.00, C. González 1.00, donación, ambos por int. de «La Antorcha».

Ingo, White.—G. Della Nina 3.00.

Lago, White.—A. Fil 0.50, M. Valli 0.20, Risto venta de «Ideas» 0.20, J. Ferrar 1.00, Antonio Pucci 1.00, F. Vazquez 1.00, Rotger el alemán 0.50, J. Pucci 1.00, Juan Pesce 3.00, A. Rabal 2.00, J. Ghuzoni 1.00, María L. Conino 0.50, A. Bellizzi 1.00, Venta de libros donados por José Pesce 11, J. Marfil 0.50, A. Giusso 1.00, F. Tricerri 2.00, C. Barasotto 0.50, F. Carril 2.00, L. Gallo 5.00. Venta de «Ideas» 0.70, J. Ghuzoni 1.00, María Guglielmino 1.00, A. Ferrari 1.00, A. Dalto 2.00, S. Feldman 3.00, M. Dukelsky 2.00, C. Mateu 1.00. Venta de «Ideas» 0.90, J. Camps 1.00, P. Diromo 1.00, B. Escayot 5.00, S. Berto 0.50, L. Piacend 1.00, F. Gremaschi 5.00, E. R. 1.00, Elisa Raggio 0.50.

La Violeta.—Centro de E. Sociales 8.90, J. Pinteño 1.20, F. Rey, donación 2.00, S. Turco 1.20 todos por int. de «La Antorcha».

Lana.—A. Balbueno 1.25 por nuestros carteles y 1.30 por «Ideas».

Mendoza.—M. Alvarez 1.00, J. M. L. nazzi 53.77 por paquetes y nuestro folleto, Avenado 1.30, F. O. P. Mendocina 5.00, F. O. L. Mendocina 1.20.

Magdalena.—Luisa S. de Soria 2.00.

Mar del Plata.—Bca. Tierra y Libertad, por int. de «La Protesta» 1.10, D. Matarazzo 3.00.

Mallín.—E. Ramal 2.00.

Necochea.—M. Palacios 1.20, «Nuestra Tribuna», donación 20.00.

Napoleón.—J. Ferrero 2.00.

Pergamino.—J. Olcese donación 2.00, por nuestros carteles 1.00, Hansich, Lupoli, R. García, A. Rojas, Dahuah 0.80 cada uno, F. Colaberradino y A. Vazquez 0.40 cada uno, Intelangelo, J. Fernández, J. Leonardo, F. Alonso, B. Aristegui, Bravo, G. Serreta 0.20 cada uno, todos por int. de «La Antorcha».

Puerto Nuevo.—P. Zafora 0.60 de «Por el amor».

Pujol.—B. Nucari 5.00 por nuestros carteles y 5.00 para «Ideas».

Pagagna.—T. Mayrich 2.00.

Pagagna.—J. Benítez hijo 1.00.

Paganini.—D. Cardinali 4.00.

Pirovano.—M. Urtazún 0.30.

Quilmes.—F. Ortiz de Zárate 2.00.

Rosario.—M. Guevara 1.50 por nuestro folleto y 7.30 por paquetes, M. Federico 1.00, por paquete y 3.00 donación, S. Opizzo 5.00, F. G. Infante 1.00, E. Hernán 1.00 por int. de «Nuestra Tribuna».

Rosario de la Frontera.—J. Graciano 1.00 por int. de «La Protesta».

Agrupación C. A. «Regeneración»

Un núcleo de camaradas ha constituido en la ciudad de Tucumán la agrupación nombrada en el epígrafe. Son sus propósitos los de realizar una intensa obra de propaganda de nuestros ideales. Solicita diarios, periódicos, folletos, etc, para la mesa de lectura y para distribución. Toda correspondencia dirijase a nombre del secretario Justo Graciano. Valores y giros al tesoro Jesús Segade, calle San Juan 579, Tucumán.

Ramos Otero.—J. Blanco 2.40.

Rio Cuarto.—F. Cobos 4.00 de «Por el amor» y 5.40 por paquete, Centro Cultural Germinal 4.00 por nuestros carteles.

Rafaela.—P. García 1.00 y 2.00 por nuestros carteles.

San Juan.—M. Alba 6.00.

San Juan.—M. San Pedro 3.00, S. Villalaz 2.00, V. Fuentes 1.00, M. Dominguez 1.00, F. Franco 1.00.

San Nicolás.—M. Sanchez 1.00 por int. de «La Antorcha».

Santa Fe.—F. Aragón 1.50 por int. de «La Antorcha».

Saenz Peña.—T. Rubio 1.00 por int. de idem.

Santos Lugares.—C. Forto 0.30 de «Por el amor».

Salla.—J. Montoya 10.00.

San Fernando.—S. Peña 4.50.

Trelew.—S. de O. V. Tierra y Libertad 20.00.

Tuñi.—D. Martínez 2.00 por int. de «La Protesta», E. Santamarina 2.00 y María Salas 1.00 por int. de «La Antorcha».

Villars.—L. Parra 1.20 y por nuestros carteles 1.50.

Venencia.—Velada 26 de Mayo 136.50.

Total de entradas \$ 644.92

Salidas.—Impresión del número anterior (2300 ejemplares) 94.00, Impresión de este número (2800 ejemplares) 218.00, Franqueo para ambos, correspondencia, encomiendas, etc, 24.00, Donaciones: a «La Pampa Libre» 30.00, a la Biblioteca «Brazo y Cerebro» de Lanús Oeste 25.00, a la Escuela Racionalista de Talleres 25.00, a la Agrupación «Ideas» por venta de libros 10.00. Total \$ 426.00.

Suma anterior 9.95 y Entradas 644.92, Suma 654.85. Salidas 426.00. Para el número siguiente \$ 228.85.

Pro Wilckens

Trelew.—S. O. V. Tierra y Libertad 50.00.

Paganini.—Domingo Cardinali 1.

Para el Comité Pro Proceso de La Plata

Trelew.—S. O. de Oficios Varios Tierra y Libertad 50.00.

Santa Rosa.—Felix Franco 1.00.

La Plata.—J. Marfil 0.50.

Mitelle.—Emilio Ramal 1.00.

Para La ANTORCHA

Mitelle.—Emilio Ramal 2.00.

Números devueltos

Juan José Yaguino de La Plata, Luis Massioli de Copetones, Saturnino Alonso de Necochea y Alberto Pellegrini de Buenos Aires.

A los ojos de los que conocen la historia, la desobediencia es la virtud original del hombre. Precisamente con la desobediencia se ha realizado el progreso; con la desobediencia y la rebelión.

OSCAR WILDE.

El juez Lao-Ting-Fo, condenó a muerte a la china Nanga-Sika, por adultera. Ella juró antes de morir, que el juez era su amante. Fue condenada. Desde entonces se dice: De lo jueces, ni amor.

DE «NUEVA LUZ».

VELADA Y CONFERENCIA

En el Coliseo Podestá, calle 10-46 y 47

El miércoles 11 de Julio de 1923

a las 20.30

Se representará

LOS MALOS PASTORES

Conferencia por R. Gonzalez Pacheco

ENTRADA GENERAL . . . \$ 1.00
PARAISO . . . \$ 0.40 Federación Obrera Local